

7°

8°

1 2 3 5 6 7
concurso

literario

ACIC

Atreverse a escribir, palabras que cuentan...

Cuentos premiados y
menciones 2020 / 2021

Autoridades de la FFyH-UNC

DECANA

Lic. Flavia Andrea Dezzutto

VICEDECANO

Dr. Andrés Sebastián Muñoz

SECRETARÍA ACADÉMICA

Secretario: Esp. Gustavo Alberto Giménez

Subsecretaria: Lic. María Luisa González

SECRETARÍA DE COORDINACIÓN GENERAL

Secretario: Prof. Leandro Hernán

Inchauspe

SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN

Secretaria: Cra. Graciela del Carmen

Durand Pauli

Coordinador técnico-administrativo: Cr.

Oscar Ángel Donati

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN

Secretario: Dr. César Diego Marchesino

Subsecretaria: Prof. Flavia Romero

SECRETARÍA DE POSGRADO

Secretaria: Dra. Miriam Raquel Abate

Daga

Subsecretaria: Dra. María Laura Ortiz

SECyT FFyH

Secretaria: Dra. Cecilia Angelina Pacella

SECRETARÍA DE ASUNTOS

ESTUDIANTILES

Secretaria: Corr. Lit. Candelaria Inés

Herrera

Subsecretaria: Lic. Rocío María Molar

PROSECRETARÍA DE RELACIONES

INTERNACIONALES E

INTERINSTITUCIONALES

Prosecretaria: Dra. Brenda Carolina

Rusca

OFICINA DE GRADUADOS

Coordinadora: Julieta Almada

PROGRAMA UNIVERSITARIO EN LA CÁRCEL (PUC)

Coordinadora: Dra. María Luisa

Domínguez

PROGRAMA DE

DERECHOS HUMANOS

Directora: Victoria Anahí Chabrando

PROGRAMA GÉNERO, SEXUALIDADES Y EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL

Coordinador: Lic. Carlos Javier López

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinadora: Dra. Mariana Tello Weiss

Autoridades Asociación Cultural Israelita de Córdoba (ACIC)

PRESIDENTE

Marcos A. Saal

VICEPRESIDENTA

Esther Galina

SECRETARIA

Camila Lenzi

PRO SECRETARIA

Celina Firbank

TESORERO

Adolfo Eduardo Pozzo

PRO TESORERO

Hugo Omar Lenzi

VOCALES

Diana Luz Rabinovich

Lucia Natalia Lewit

Marcela Kravetz

Martin Lisandro Saal

Mauricio Alberto Kravetz

Santiago Gerchunoff

VOCALES SUPLENTES

Carlos José Guitman

Claudio Alejandro Orosz

Ezra Dee Rassetto

REVISORES DE CUENTAS

Berta Reisin

Carlos Mario Arcardini

María Eugenia Cisterna

7º y 8º Concurso Literario ACIC

Atreverse a escribir, palabras que cuentan...

7º y 8º Concurso Literario ACIC / Alejandro Jacobsen... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba:
Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.
102 p. ; 14 x 21 cm.

ISBN 978-950-33-1716-7

1. Cuentos. 2. Concursos. 3. Literatura. I. Jacobsen, Alejandro.
CDD A863

•• Área de **Publicaciones**

Diseño de portadas: Manuel Coll, Área Comunicación Institucional, FFyH, UNC /
Martín Saal, ACIC

Diagramación y diseño de interiores: María Bella, Área de Publicaciones, FFyH, UNC.

2023

7º y 8º Concurso Literario ACIC

Atreverse a escribir, palabras que cuentan...



Universidad
Nacional
de Córdoba

Índice

Prólogo / 15

7º Concurso Literario ACIC (2020) / 21

Primer premio: *El Basural* / 23
de Oscar Alejandro Jacobsen

Segundo premio: Un anticipo de las cosas / 29
de Ariel Guzmán

Tercer premio: Ingenierito / 37
de Gabriel Agustín Céspedes

Primera mención: Planchado final / 43
de Elena Beatriz Ninci

Segunda mención: Las reglas del juego / 49
de Ana Sofía Rey

Tercera mención: La vecina / 53
de Gabriela Meyer

8º Concurso Literario ACIC (2021) / 59

Primer premio: Las zapatillas / 61
de *Rafael Ricardo Conde*

Segundo premio: De noche, las puertas abiertas / 65
de *Nazira Belén Günther*

Tercer premio: La confidente / 73
de *Claudio Emilio Mamud*

Mención: El norte / 83
de *Julián Berenguel*

Mención: PK2 / 89
de *Elena Ninci*

Mención: Bajo el imperio de Tánatos / 95
de *Juan Pablo Goñi Capurro*



Prólogo

Este libro es el resultado de un largo camino que comenzamos a transitar en 2013 como parte de la celebración de los 100 años de nuestra querida institución, la Asociación Cultural Israelita de Córdoba (ACIC), que se inició por aquellos años como la Biblioteca Juvenil Israelita. Allí, las y los inmigrantes judíos que llegaron a Córdoba, corridos por el hambre, la persecución, la discriminación y las ganas de ser parte de una nueva patria que los alojara, construyeron este espacio para preservar y compartir sus libros, sus lecturas, su idioma y sus saberes. Es por ello, y en su honor, que, desde la Biblioteca ACIC organizamos el Concurso Literario ACIC de la mano de la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, que nos acompañó, junto a otras instituciones, durante todos estos años en este recorrido.

¿Por qué un Concurso Literario? Como espacio cultural, concebimos a las personas en sus sentires, sus saberes, sus acciones y sus luchas como seres integrales con derecho a expresarse y reconociendo la trayectoria de participación y contribución en el entramado multicultural de nuestra sociedad. Pensamos en aquellas y aquellos que se atreven a escribir, conocidos o no, con trayectoria o sin ella, que están dispuestos a dejar una marca para otros, como una forma de convidar una y otra vez a horizontes posibles. Quisimos brindar esta oportunidad porque la escritura es otro modo

de expresión y no la entendemos como patrimonio de unos pocos elegidos. Abrimos las puertas para sostener este espacio para la escritura de Córdoba y del país.

Desde los inicios hemos tenido el honor de contar con jurados de lujo como María Teresa Andruetto, Graciela Biale, Eugenia Almeida, Marcelo Casarin, Gabriel Schapira, David Voloj, Jorge Felipa, Bibiana Eguía, Pablo Heredia, Gabriela Halac, Javier Ramacciotti, Natalia Ferreyra, Javier E. Martínez, Anabela Flores, Silvia Barei, Nicolás Garayalde, Maricel Palomeque, César Mora y Nelson Specchia, a quienes queremos agradecer muy especialmente. También agradecemos a todo el equipo de pre-seleccionadores que facilitaron el trabajo a los jurados. Tanto los miembros del jurado como del equipo de los pre-seleccionadores han desarrollado un trabajo excelente, sumándose en forma voluntaria, siendo parte de esta movida cultural cordobesa.

En estos años también otras instituciones adhirieron, difundiendo o contribuyendo con los premios, a quienes también agradecemos: Servicios de Radio y Televisión de la UNC, Revista Convivimos, periódico Hoy día Córdoba, sindicatos como UEPC, UTEDYC, SEP, Luz y Fuerza; Unión General Armenia de Beneficencia (UGAB), Agencia Córdoba Turismo, Agencia Córdoba Cultura/Biblioteca Córdoba, Documenta Escénica, Los Ríos Editorial, UTN regional Cba, programa radial Subversiones, Portal En-redacción.

Pero por sobre todo queremos agradecerles muy amorosamente a quienes nos compartieron sus palabras enredadas, suaves, gritonas o escurridizas; palabras que cuentan cuentos o historias que nos provocan, nos seducen, nos enojan; palabras enormes o chiquitas que a veces se van y otras veces se quedan y nos acompañan; nos hacen volar, pensar y soñar, palabras que nos habitan y nos dejan escribir nuestra propia historia.

Porque entendemos que este trabajo colaborativo que nos une cada año es una acción que conecta cientos de nodos que viven, que sienten, que escriben, que aportan al desarrollo cultural de nuestro territorio, sostenemos este Concurso Literario ACIC con la esperanza de que siga creciendo.

Este libro es parte de los premios del 7º y 8º Concurso Literario ACIC para quienes lograron, no solo sentarse a escribir en época de pandemia, épocas de grandes reflexiones y miradas hacia adentro, sino también de ser distinguidos por su labor. En 2020 se presentaron 290 cuentos de 18 provincias de nuestro país y más de 150 cuentos provenientes de 14 provincias en 2021.

Debemos decir también que el 9º Concurso Literario ACIC tendrá lugar en el 2023. No nos tomamos un descanso, nos dedicamos a reabrir la Biblioteca ACIC, un lugar que recupera el acervo histórico y proyecta una sociedad más justa e igualitaria, un espacio vivo, donde se prestan libros, donde se visibilizan, a través de la lectura, los modos de habitar el mundo. Un espacio donde la promoción de la cultura y la literatura tienen una importancia central. Un lugar placentero, amigable, solidario, con perspectiva de género, infancia y disidencias. Un espacio creativo y de reflexión, donde la lectura, el intercambio, el debate y la acción ocupan un lugar relevante. Un espacio de encuentro abierto a distintas posibilidades que nos acercan.

Finalmente, agradecemos a la Facultad de Filosofía y Humanidades por hacer posible este libro, por compartir estos objetivos con nosotros y por hacerlos realidad.

Como ha marcado la trayectoria de nuestra institución en épocas mejores o peores, continuaremos con el legado de los entonces jóvenes inmigrantes judíos sumando el aporte de quienes hoy son parte de ACIC o acompañan este camino de la cultura asentada en estas tierras.

Comisión Organizadora del Concurso Literario ACIC
Celina Firbank, Alejandra Herstein
Mariam Goñi, Raquel Sosa
y Esther Galina

7



7º Concurso literario ACIC

– 2020 –

Miembros del jurado

Silvia Barei: Doctora en Literaturas Modernas, especializada en Teoría Literaria y Semiótica de la Cultura, Investigadora y Docente de la Universidad Nacional de Córdoba. Escritora, ha publicado ensayos y 6 libros de poemas, el último *Nosotras* (Alción 2020).

Nicolás Garayalde: Doctor en Letras. Investigador asistente de CONICET. Profesor de Teoría Literaria de la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Nelson Specchia: Politólogo, especialista en política internacional, escritor. Profesor Titular Regular Ordinario de la Universidad Tecnológica Nacional. Premio Internacional Max Aub de Literatura, autor de unas treinta obras en poesía, crónica, ensayo y narrativa; su último libro de cuentos es *“La cena de Electra”* (Edhasa).

Maricel Palomeque: Máster en Escritura Creativa (Sevilla) y Lic. en Comunicación Social (UNC). Publicó *Manga de animales* (Los Ríos, 2015) y *Cuando llega un dragón* (Los Ríos, 2017). Ha participado en las antologías *Es lo que hay*, Córdoba Cuenta y *Dora Narra*. Desde 2001 coordina talleres de escritura creativa para jóvenes y adultos.

César Mora: Profesor en Letras por la UNC, estudiante avanzado de la Maestría en Sociología del CEA. Publicó *Ahasverus* (Ed. Babel, 2015), *La serpiente* (Ed. Alción, 2016), *Memoria, Venganza* (Ed. Alción, 2018).

Preseleccionadores

Roberto Chuit
Alejandra Herbstein
Paula La Rocca
Gabriela Martínez
Franca Maccioni
Ana Neuburger
José Platzeck
Raquel Sosa
Gabriela Winnicki
Belisario Zalazar



El basural

Oscar Alejandro Jacobsen

La noche sobre el basural es siempre interminable. Ramiro y el Pibe Rossi charlan con voces escondidas, transparentes. Hace como una hora llegaron al corazón del descampado que cubre uno de los costados del barrio.

Ramiro es joven, hace unos meses dejó el colegio secundario y está buscando trabajo. No conoce a su padre, pero le dijeron que era un hombre bajito, porfiado y que siempre andaba con un saco marrón. Tiene una hermana pequeña de ojos color arena o miel y su mamá es gorda, de pasos cortos y trabaja haciendo la limpieza en unas oficinas del centro. Viven en Santa Magdalena desde hace unos pocos años, cuando lograron meterse en la casa de un tío que no dejó herederos.

—Che, yo voy a armar un fueguito; está fresco.

Rossi es un pibe sin nombre, en el barrio todos le dicen el Pibe Rossi; tal vez porque su padre tiene un almacén y el apellido está clavado sobre la puerta de entrada al comercio, en letras grandes, algo desprintadas y con bordes descuidados. Al igual que Ramiro,

dejó el colegio, hace ya varios años y cuando mira para adelante, se ve detrás del mostrador del almacén.

—¡Dale! Acá hay papel, un poco húmedo, pero sirve.

El Pibe Rossi se agacha y levanta varios trozos de papel de revista que estaban algo enterrados en el suelo turbio y rumiante del basural. Los sacude un poco, vuela una especie de tierra rojiza, color piel, y se los acerca a Ramiro que ya tiene lista una chapa vieja, con una lata de tamaño mediano arriba y ahora la llena con cartones y pasto seco. Agrega lo que le da el Pibe Rossi, saca el encendedor del bolsillo trasero del pantalón y una fina y delicada llama empieza a florecer desde la lata.

—Ahora sí. —Dice Ramiro, mientras frota sus manos sobre el diminuto fuego que empieza a arder.

Los dos se acomodan ahora alrededor del fuego, cerca, y se reanuda la charla:

—Te sigo contando... —retoma el Pibe Rossi— El diario era viejo, se notaba, pero no tanto. Y el título era de solo dos palabras y con un tamaño de letra gigante, ocupaba toda la hoja: Crimen pasional; así, como se decía antes cuando mataban a una mujer.

—¿Vos estás seguro de que la foto era de acá?

—Segurísimo. —afirma el Pibe Rossi— Era este descampado, se veían pocas casas porque el barrio no era lo que es ahora; pero era acá seguro. No se leía muy bien, pero en una parte decía que habían encontrado el cuerpo de una mujer, parece que la habían metido en un baúl y la prendieron fuego; y decía algo de un perro también, no sé si también estaba muerto, algo así.

—Yo no escuché nunca nada de eso che.

—Yo tampoco; hasta que leí la nota esta.

El fuego sigue creciendo, unas chispas en miniatura brotan desprolijas hacia los costados y se escapan sobre las cabezas de los pibes. La charla, algo imprecisa, sigue. Los dos cuerpos alrededor de las llamas son como los detalles falseados de una esperanza, un lunar muerto en espera, y nadie nota los latidos reos del basural.

—¿Sería del barrio la mujer?

—Por lo que se leía, que era bastante poco, parece que del otro lado de la ruta. Capaz que la mataron y la escondieron acá. Como te decía, esto era casi todo campo, imaginate de noche; solo oscuridad y soledad habría.

—La gente trata de no pasar por acá, —dice Ramiro, mientras atiza el fuego— de noche no anda nadie y de día solo algunos cruzan el basural. —Es un lugar oscuro y solitario; para nosotros no porque lo conocemos.

El aire del basural es espeso, apenas entibiado por las lenguas amarillentas que nacen de la lata que abriga a los pibes. Un ruido de pisadas asoma por el camino torcido que el andar de los vecinos ha dejado en el medio del campo. Ramiro y el Pibe Rossi se enfrascan en un silencio atento y miran curiosos. La sombra de Gonzalito aparece. Ahora son tres alrededor del fuego, soportando los murmullos ausentes del lugar.

Muchos en el barrio creen que Gonzalito se llama Gonzalo, pero en verdad, es su apellido el que lo sostiene. La familia González es de las más viejas del barrio y son de los más reservados del lugar. Gonzalito trabaja en una verdulería del centro, anda siempre con gesto cansado o distraído, con tierra debajo de las uñas (él dice que ya no le sale la tierra, que de tanto despachar papa la tierra se le pegó).

—Buenas.

Los tres ahora se sumergen en una ronda cálida, confiada; los envuelve un aura. Los amigos, cercando a la lata que arde cómplice en el medio, alargan la conversación. Unos ecos de canciones, como voces, llegan desde algún extremo del basural, por momentos parece que caen luego de saltar una gran montaña de desperdicios, bolsas, cajones, escombros, cartón y medio automóvil Fiat que apenas se sostiene en sus viejas chapas.

—Che Gonzalito, ¿vos sabías algo de una mujer que mataron acá? —¿Acá en el campo?

—Sí, dice Rossi que lo leyó en un diario viejo que encontró en el almacén del padre.

—Una vez escuché a mi viejo decir algo, pero no me acuerdo.

—Hay una foto del campo, para mí es acá atrás, del otro lado de la ruta. —Agrega el Pibe Rossi, y señala el supuesto sitio.

—Mi viejo una vez comentó eso pero como una historia, algo que no se sabía bien si era cierto. Pero había dicho como que la mujer era de otro lado y los que la mataron la tiraron acá para esconderla. Algo así, pero no me acuerdo mucho más.

Ya no son voces, ahora son unos finos y plateados suspiros los que llegan desde la montaña de basura; aquel eco de canciones se desvaneció, el olor rancio y triste de la mugre se lo devoró sin dejar ni una queja en el ambiente; lo incendió apretado adentro de un baúl de madera y humo, dejando apenas una sombra de unos viejos ladridos atragantados.

Ahora, una niebla inamovible congela el lugar, el fuego sigue vivo desde la lata y es lo único que respira en el basural. Unos lati-

dos sordos rompen parte de la costra gris sembrada en el descam-pado. Al otro lado, las luces de los autos van cayendo hacia el norte y hacia el sur, sobre un hormigón mudo, invisible.

La noche sigue arqueada, sin límites sobre el basural. Ramiro ordena el fuego desde su raíz, desde el fondo de la lata y las llamas se asoman mejor, trepan. Las caras, rojizas por el frío otoñal y el golpe del reflejo del fuego, son como máscaras eternas, de piedra y de memoria. El Pibe Rossi agacha la cabeza, tal vez también tenga los ojos cerrados, y Gonzalito habla:

—Acá lo que dicen que hubo fue un fusilamiento.

Lo oscuro y solitario del lugar se hizo más profundo en un instante. Un viento cobarde, impune, pasa imperceptible por el basu-ral; sin respetar caminos y sin esquivar la mugre.

—¿Cuándo? —pregunta el Pibe Rossi.

—Fue acá, en 1955 ó 1956, o un poco antes capaz; por ahí. Mu-rieron cinco, pero habían traído para matar como a doce o quince, algo así.

—¿Quién te contó esa historia? —quiere saber Ramiro.

—Mi viejo, él conocía a uno de los muchachos que se salvó. Me lo contó hace mucho, aunque no le gusta hablar de eso. Yo le pre-gunto, espero el momento, más que nada si está tomando, y le tiro el tema. A veces se larga a contar, ahora hace mucho que no dice nada del asunto.

El frío baja, cae junto con las horas de la madrugada, pero nadie lo nota. El fuego se hace alto, unos recortes de madera reviven las llamas. Con las manos calientes y metidas en los bolsillos, los tres pibes hacen carne a cada instante las dos historias.

—En el barrio parece que nadie sabe nada, —siguió Gonzalito— o saben, pero prefieren el silencio.

—En mi casa nunca se dijo nada de fusilamientos. —Comenta Ramiro. —En mi casa tampoco. —Dice el Pibe Rossi.

—Yo lo sé porque mi viejo una noche lo largó, con seriedad, casi con dolor lo tiró. Y mi vieja decía que si con la cabeza. Parece que trajeron un grupo en un colectivo, los bajaron y no sé qué pasó, la cosa es que algunos murieron y otros zafaron. Y los vivos contaron la historia.

Gonzalito va bajando la voz a medida que va terminando la frase. Lo último lo dice casi en un susurro. Baja la cabeza y mete la mirada en el centro del fuego. Hace correr un temblor por el cuerpo para quitarse el frío, se acomoda, se acurruca, cruza los dedos, como si tuviera un otoño apretado entre las manos; y no nota que un viento cobarde pasa junto a ellos, rodeándolos.

El fuego sigue arriba, atizado todo el tiempo por Ramiro. El Pibe Rossi y Gonzalito lo miran. El descampado late, imperceptible. Y un asunto fiero inunda en cerrazón al grupo. Como si un humo pardo, ciego, brotara desde el piso y se estirara en espiga hacia la noche; la noche interminable que siempre se arquea sobre el basural.



Un anticipo de las cosas

Ariel Guzmán

Antes de irse, mi madre estiró el brazo desde la cama para señalar el primer cajón de la cómoda. Había dejado de hablar por su enfermedad, eso era lo que pensaba, pero descubrí detrás de la puerta que la noche anterior le había pedido agua, con una voz fuerte y clara, a la mujer que la asistía. El silencio que anteponía entre nosotros no era más que una estrategia para continuar evitando responder a lo que siempre le preguntaba. Abrí el cajón y lo encontré sin ropa, en el vacío aparecía la mitad de una hoja de papel, curvada y arrugada, escrita con apenas dos líneas. La miré unos segundos antes de levantarla mientras ella miraba el bulto que hacían sus pies debajo de la frazada. Un nombre y un apellido en una línea, una dirección en la otra. Lo leía una y otra vez como sumido en una especie de parálisis por el impacto de la sorpresa. Caminé hasta el borde de la cama sin dejar de mirarla; ella no había dejado de mirar sus pies. Parecía aún más paralizada que yo. “¿Es él? Respondé. Sí o no”. Ella se mantuvo, como en la mayor parte de su vida, quieta y en silencio.

Lo primero que hice fue buscar la dirección. Un edificio ancho de diez pisos, vidriado y metalizado por todos lados, con mucho

movimiento de gente por la amplia vereda y con mucho tránsito en la calle. Los imponentes autos que estacionaban a los costados insinuaban comodidad y lujo, y sumisión a quién los miraba con sorpresa.

No era un policía ni un investigador, y mucho menos un ladrón, para que me resultara tan fácil saber dónde encontrar a ese hombre sin despertar la atención de nadie. En más de una ocasión subí los escalones de la entrada del edificio con la intención de preguntar por él. El recepcionista de la administración que se veía por el vidrio detrás de un mueble, con el pelo corto tirante por el fijador y de gesto severo, me inhibía. No sabía si allí vivían personas o sólo eran oficinas o la combinación de ambas cosas. Un nombre y un apellido resultaban insignificantes en un lugar en el que entraba y salía tanta gente; también sospechoso que se intentara llegar a alguien preguntando por su nombre cuando había miles de canales de comunicación con la formalidad necesaria para evitar ser considerado un posible peligro. No me darían esa información así porque sí. Me pedirían razones, datos, y relaciones, antes de darme un número de teléfono con el que pudiera comunicarme con él, o con alguien cercano a él, y con eso no lograba conseguir nada. No quería que supiera de mí por mensajes de terceros porque no alcanzaría a tener la reacción de quién era yo para él. Tampoco quería paralizarlo con una sorpresa porque podía hacerlo escapar sin que tuviera tiempo a reflexionar de lo que nos unía.

En la panadería, que contaba con una cafetería, ubicada justo enfrente del edificio pase toda una mañana mirando a personas entrar y salir. Muchas de ellas se subían a los autos estacionados en la calle. Llamé a la moza y le pregunté si sabía cómo se llamaba el chico que los cuidaba. Respondió que no sabía, no lo dejaban pasar porque molestaba con entrar al baño a cada rato y nunca compraba nada. Además cada dos por tres se lo llevaban por alguna pelea. Por un momento no tuve otro interés que observar lo que hacía ese chico. Se movía de un lado a otro sin parar. No se preocupaba

sólo por cuidar los autos sino que además, como un plus de sus servicios, arrastraba un balde con agua y jabón, en donde sumergía una esponja, y los lavaba en pocos minutos. Lo hacía sólo con los modelos más viejos. A los dueños de los más nuevos parecía que no les gustaba que se lo lavaran a la vista de todos. Antes de subirse a sus autos, los conductores dejaban uno o varios billetes en la mano del chico y respondían con gestos de respeto o alegría. Este chico nunca dejaba de sonreír, incluso con aquellos pocos que lo trataban con indiferencia cuando sacaban la mano por la ventanilla y dejaban caer unas pocas monedas. No miraba ni contaba lo que recibía, cerraba la mano y lo guardaba en el bolsillo trasero del pantalón.

Pedí otro café antes de que la moza se alejara de la mesa. Mientras esperaba a que me lo trajera, me levanté y salí a la calle. Caminé hasta el chico buscando adivinar en dónde se detendría.

—Hola, te hago una pregunta. ¿Por casualidad conocés a esta persona?

El chico me miró de los pies a la cabeza. Leyó el papel y volvió su atención a los autos.

—Sí flaquita, es de acá —señaló el edificio con el mentón— casi nunca deja el auto en la calle, lo deja en la playa de acá a la vuelta y a veces tomá café ahí donde estabas vos recién. Viene dos o tres veces por semana. Esperá.

Un hombre llamó al chico antes de subir a su auto.

—Gracias por los datos porque no sé nada. ¿Sabés qué hace?

—No es nada flaquita, debe ser médico, acá la mayoría tiene consultorios. ¿Buscás a alguien que no sabés quién es?

—Creo que es mi padre.

— ¡Ah! son de esos...

Yo me encontraba en un momento en el que estaba pendiente de la mirada de los demás y que el chico me hubiera llamado flaquita era reconfortante. Durante algunos días analicé la mejor manera de llegar a mi padre y me decidí por las fotos. Qué invento maravilloso, silencioso, tan práctico que se podía llevar en algún rinconcito a cualquier lado. ¿Qué otro lugar conservaba intacta una mirada con el paso del tiempo? Era la única manera que me conociera antes de que pudiéramos vernos. Si se enojaba o le resultaba indiferente o lo sorprendía la noticia le daba tiempo a recapacitar, a que una reacción espontánea no nos separara otra vez. Además, cuando me viera entendería algunas cosas, las fotos se adelantarían a explicarle de los cambios, de qué manera viviría.

Dediqué un día a mirar el álbum de fotos para elegir las que le haría llegar. Mandaría una foto por cada entrega, con cuatro alcanzaba para una presentación, para que no se extendiera mucho en el tiempo y pudiéramos encontrarnos lo antes posible. Elegí una en la que salía vestido de granadero con un fusil en el pecho en una fiesta del jardín de infantes. Otra en la que estaba parado a un costado de una pileta de natación imitando la postura de un bañero; tenía unos diez años. Otra, de traje en la cena de egresados, abrazado a Gabriela mi novia por ese entonces. En la última estaba en el escenario de teatro Bierce en pleno movimiento, mi pelo largo parecía volar y me tapaba una parte de la cara; llevaba puesta una musculosa blanca ajustada al cuerpo y un pantalón ancho con bastones de colores. Hice una copia de cada una de las fotos. En el dorso escribí mi nombre y el año en el que habían sido tomadas separados por un guión. Metí una en cada sobre de papel madera. Una vez en sus manos ya sabría mi nombre y un anticipo de las cosas a las que luego completaría conversando.

Necesitaba asegurarme que las entregas se concretaran. Planifiqué que a la primera y a la última la hiciera el chico que cuidaba de

los autos. Necesitaba conocer a mi padre desde lejos para ubicarlo cada vez que entrara o saliera del edificio. Para la segunda mandaría un cadete a la administración del edificio y a la tercera la dejaría en el estacionamiento. A todos les pagaría por el favor. Al chico le daría un poco más por su disposición a ayudarme desde el primer momento.

Esa mañana el chico me dijo que lo había visto entrar temprano. Acomodó el sobre con la foto al lado de un banquito en el que descansaba y continuó trabajando. Estuve en la panadería asqueado de tomar café cada veinte minutos, atento a la puerta de vidrio y al chico, que al fin de cuentas era quien revelaría lo que necesitaba saber. Cuando se agachó para levantar el sobre creí que me descomponía, que justo en ese momento la vista se me nublaba, pero fue un instante, parpadee y recuperé la claridad. El hombre bajaba los escalones con mucha elegancia y con esa tranquilidad de los que no tienen ninguna urgencia que los aceche. Pantalón oscuro, una camisa blanca arremangada, y un saco claro colgando de uno de sus brazos ocultando la circunferencia que marcaba el abdomen. Se colocó los anteojos de sol moviendo exageradamente el brazo en el que llevaba un reloj grande, que hacía brillo con el choque de la luz, como buscando la mejor posición para mostrarlo. El pelo castaño, enrulado, le tocaba el cuello de la camisa y le cubría las entradas en la frente. Calculé entre sesenta y sesenta y cinco años. Coincidió con la edad de mi madre. En lo que no coincidían era en la presencia, la preferencia de mi madre por las camisas floreadas y las polleras o pantalones anchos, y él con una formalidad de la que parecía no separarse nunca.

El chico sólo le dijo que habían dejado algo para él. El hombre agarró el sobre y lo unió a otros papeles que sostenía en una mano. No hizo ninguna pregunta y tampoco dijo gracias. Llegó a él una foto por la administración, y en la del estacionamiento me contaron que reaccionó con un gesto desconcertado. En la última, en el cuarto día, apareció con el saco y con los anteojos puestos desde

adentro del edificio. Se detuvo antes de bajar los escalones y miró hacia varios lados. No se movió de ahí por varios minutos, pensé que esperaba a alguien. Después bajó siguiendo con atención el tránsito de autos y personas que ocasionalmente pasaban frente a él. Levantó el brazo despacio para recibir el sobre, lo abrió y se tomó unos segundos antes de asomarse a su interior. El chico ya se había alejado y continuaba moviéndose de acá para allá pero él seguía sin avanzar; miraba la foto en su mano. Creí que buscaba a su alrededor a alguien parecido a ése que bailaba sobre el escenario. Tuve ganas de hacerle una seña desde la panadería para facilitarle el trabajo, sacarle la idea de peligro, que sólo era su hijo, cambiado nomás. Me contuve para obligarme a respetar todo lo planificado para que diera los resultados esperados.

Elegí el día en el que se cumplía una semana de la primera foto. Cargaba conmigo todas las expectativas de un primer encuentro mientras tomaba café en la panadería. Ya sabía la hora en la que salía, después de la una. Cuando se aproximaba el momento, salí a la calle y lo esperé sobre la vereda. Mi reflejo, en el frente vidriado del edificio, estaba oscurecido por una sombra que cubría mi cara, mi pecho, y llegaba como una lanza hasta abajo de la cintura. Me moví buscando que el sol me iluminara completa. No hubo caso, siempre quedaba una parte tapada por la oscuridad. Por un instante me resultó divertido buscar ganarle al sol en mi afán de mostrarme alumbrada en todos lados por igual. Varios hombres pasaron buscando mi mirada; quedé dura, avergonzada.

Mientras lo veía bajar tuve tiempo a repasar mis zapatos, mi pantalón ajustado, mi saquito negro que ocultaba una remera blanca escotada. Saqué del bolsillo las mismas fotos que le habían llegado a él. Las sostuve en una mano abriéndolas como a un abanico. Venía en mi dirección y las levanté para que las viera; las reconoció y se desvió sin dejar de observarme, como siguiendo el borde de una circunferencia en la que me tenía en el medio. Se me abalanzó por un costado y me agarró con fuerza del brazo que colgaba.

“¿Quién sos?”, dijo. En silencio esperé el golpe. Apretó más el brazo y lo sacudió para soltarlo.

Se alejaba dándose vuelta para mirarme. Se detuvo en la esquina y desde allí me miraba hasta que se puso a hablar por teléfono haciendo ademanes. Dejé de atender lo que él hacía y guardé las fotos en el bolsillo del saquito. No quería moverme, estábamos ahí y aún había posibilidad de corregir algún malentendido si eso era lo que necesitaba. Sentí una mano en mi hombro y el brazo que cruzaba en mi espalda. Antes de descubrir quién era el chico me habló al oído.

— ¿No funcionó flaquita? Caminemos hasta la esquina y no te des vuelta. El hombre habla con un cana y miran para acá. Doblamos y corrés.

Cuando doblamos dejó de abrazarme. Estaba segura que nos seguían porque todo alrededor parecía alborotado. Los bocinazos sin razón, las miradas de desprecio de quienes dejábamos atrás, avisaban que el encuentro se desmoronaba. Antes de llegar a la otra esquina el chico me cortó el envión de la corrida agarrándome de un brazo. Abrió la chapa floja de un inmenso cartel de publicidad que cubría el frente de un terreno. Después que entré, lo pateó para cerrarlo. El lugar estaba pelado, con algunos montículos de escombros a los costados y con las paredes descascaradas pintadas con graffitis. Dos chicos sentados sobre la tierra, al fondo, fumaban en silencio. Yo también me senté en la tierra, pero cerquita de donde había entrado. Escuche las pisadas de gente que corría; y en el murmullo una voz que sobresalió: “allá va corriendo pero sin la mina”.

Saqué las fotos del bolsillo y las puse sobre la tierra. Cómo había podido preguntarme quién era, y no dejar que le respondiera. No había hecho bien los cálculos, el orden de las fotos no había sido el correcto. La última tendría que haber sido la primera y así hasta

que la última fuera la del jardín de infantes. Pero, ¿a quién le importa lo que éramos de niños? Con un grito les pedí a los chicos si me convidaban un cigarrillo. Ninguno de los dos contestó. Miraban en la pared de un edificio, con las cabezas inclinadas hacia arriba, la figura indefinida de una gran sombra; sonreían, parecían a punto de lanzar una carcajada. El humo ocultaba sus ojos y luego se desvanecía. Yo también sonreí.



Ingenierito

Gabriel Agustín Céspedes

Santos acelera para adelantar a una máquina de vialidad, antes del cruce del arroyo en el empalme de la 41 con la 37, se le inunda de blanco el parabrisas polvoriento con las luces de una chata blanca que ni amaga con aminorar. Se tiene que tirar a la izquierda, colgarse del volante para no terminar en la zanja, levantando barro y champa a lo pavote y volantear de nuevo para no darse vuelta. En ese microsegundo sólo atina a pensar que no tiene que frenar: si pisa el freno se va a la mierda sin remedio. Se ve hundido hasta la ventanilla, llamando a un auxilio, explicándose a Martínez, llamando a Claudia, vaya a saber cómo si ahí no hay una puta barrita de señal, para avisarle que va a llegar tarde. Todo eso en esa fracción de un instante.

La Ford se frena, los chillidos de loros y teros se entrecruzan con la puteada de los de la camioneta blanca que lo rebasa por su derecha. Está inmóvil, empapado en sudor en un momento, volante y brazo son una misma cosa. Sus propios latidos le retumban en los oídos. Al ratito pasa a su lado la máquina de vialidad y por el rabillo del ojo ve que lo miran sin decirle nada. Burlándose mudos del ingenierito. Ese silencio le duele más que las puteadas; arranca y sale

arando, antes que la retroexcavadora lo rebase del todo, como si huyera de un crimen.

Ya en el camino a Virasoro, a ver a Claudia que viene por primera vez a visitarlo en meses, empieza a putearse él. Por pelotudo, por pelotudo le pasan estas cosas. Por apurado. Por ansioso como le decía su viejo. Siempre lo mismo. No quiere ni imaginarse tener que explicarle a Martínez que necesita que le manden un auxilio a sacar la chata porque... Igualmente lo visualiza y le corre un escalofrío peor que el de casi haberse dado vuelta. Sí, Martínez es peor. Ya suficiente con tener que explicarle los informes del mes pasado, que los promedios de metros cúbicos son menores a lo previsto en cuatro de cinco lotes, que la resina recolectada no va a llegar a ser... Se lo imagina, imagina esos ojos casi grises, de rabia muda como las burlas de los de vialidad, “la mirada laser” como le dice Cabanillas. Sí, Martínez es peor.

Acelera, va a andar bien, no cree que el bondi de Claudia llegue a horario tampoco, no va a tener que esperarlo mucho. Seguro llega muy cansada, 11 horas y pico desde Capital y luego una hora y media para volver al campamento. Sería mejor dormir aunque sea una noche en Virasoro y regresar a la mañana. Pero ¿Y si llama Martínez? Si pregunta: ¿Adónde anda el ingenierito, Cabanillas? Se fue al pueblo a buscar a la novia, Don Martínez.

Tiene la excusa de ir a buscar el fertilizante, los repuestos para el grupo electrógeno y las baterías nuevas. ¿Y para los informes de abril que excusas tiene? Pero él avisó que el Eucalyptusacaciiformis no iba a dar los resultados que ellos pretenden con el suelo de Corrientes a menos que...

Lo cruza otra chata, blanca como la primera, son gente de Longo, que vendrán de recoger resina del lote 5, alza una palma a modo de saludo sin recibir respuesta. Por el retrovisor ve asomarse de la caja abierta de la chata la cola de un yacaré. Uno grande. Otro más.

Ya se ve recibiendo las recriminaciones de los guarda parques. Como si dependiera de él. Como si le fueran a dar bola. “la madera es la madre de muchos males...” “...monocultivo, reducción de la biodiversidad, degradación de...” pero también los daños colaterales de la explotación...” Vea ingenierito, a usted capaz no le interesa un carajo porque en un año, dieciocho meses a más tardar ya se habrá ido y mandarán otro que...”

Ojalá, pensaba. Ojalá en un año lo pudieran trasladar de acá. Sacalo de acá. A las explotaciones de Santa Fe o Entre Ríos. Uruguay incluso, quedaba mucho más cerca de Capital, lejos de Martínez, mucho más cerca de Claudia.

El sol casi termina de desaparecer a su derecha. Siente el tufo que le dejó la banquinada y baja la ventanilla. Acelera en un tramo bien apisonado y se cruza ahora con los faros de la F-100 de los guarda parques que lo rebasa en dirección contraria. Esta vez ni amaga un saludo. Siente las miradas de quienes lo ven como parte de un mismo problema, del mismo mal, como dicen los ambientalistas. Pero casi al final, le levantan una mano, como reconociéndole, quiere pensar él, una diferencia, un matiz.

Pobre Claudia, debe estar fundida, si por esas casualidades el micro llegó en horario debe estar en el bar de la estación, llámándolo a lo mejor. Falta menos. Se decidió a venir. Se cansó de esperar y...

Cortando esos pensamientos, la luz alta se topa con una figura difusa en medio del camino. Un tipo que bien podría haber salido de otro tiempo, de otra época, le hace señas desesperado. Martin frena, se baja y trata de hablarle, de entender a este hombre que le balbucea en rudimentos de un castellano mezclado con guaraní, como si los hubiera aprendido hace un rato, como si no hubiera hablado nunca,

— “...mi mujer”

—¿Y gor, llegaste?

—Sí, estoy hace horas acá.

—¿Acá dónde, estás con tu ingeniero?

—No, en el bar de esta terminal inmundada.

—¿No te buscó Martín?!

—Callate boluda, ni me hables. Sobre que llegó atrasadísimo este colectivo del orto, no estaba. Tengo el cuello a la miseria. ¡No quiero tocar nada acá es un mar de moscas esto!

—¿Cómo que no te buscó? ¿Pero no era que...?

—No sé, no sé. Me mando un mensaje de no sé qué problema con una gente de acá, unos campesinos supongo, que lleva al hospital... No sé, mirá. Hace un montón que me insiste que lo venga a ver, me como este viaje de mierda y ni aparece. Según él esto iba a ser por unos meses, como para poner en el currículum, pero ya no sé la verdad.

—Te dije que eso no va a ningún lado Clau yo que vos...

—Sí sí... ya sé, que Gusti...

—Y sí boluda, no sé qué la pensás tanto si ya...

—No quiero pensar ahora Lau. Me quiero ir de acá urgente.

—Al pedo te fuiste hasta allá si ya sabías que...

_Sí, tenes razón al pedo me vine hasta acá...

Martín sigue a este hombre angustiadísimo a una tapera miserable, invisible a metros del camino por el que ha pasado docenas de veces desde que llegó, casi recién parido de la facultad de Agronomía. Entra en medio de una nube de perros flacos que gruñen y chillan. El tipo le señala un catre vetusto en el que una mujer de edad indescifrable, sentada con la espalda apoyada en el adobe de la pared, de ojos desorbitados, jadeante, petrificada en un rictus de dolor lo mira si verlo. Entre sus piernas asoma, inerte, un bracito morado.



Planchado Final

Elena Beatriz Ninci

La reunión en la Sala de Personal del Banco Nacional de Irlanda había comenzado cuando yo, Patrick Finn Ó Reilly, entré por primera vez en treinta años con quince minutos de retraso.

Mis colegas miraron con desprecio. Aunque fue la primera vez, no me lo perdonarían nunca. Algo inesperado en alguien como yo con puntualidad ejemplar, por lo que siempre era nombrado Empleado Modelo. Así también cuidaba el aspecto, mis trajes lucían sin excepción impecables y mis zapatos pulcrísimos. La corbata adecuada de nudo perfecto, los puños impecables de la camisa y sus botones a la distancia exacta entre uno y otro.

También se valoraba mucho mi timidez y discreción. YO era El Banco. Si Usted me lo permite, pasaré a relatarle lo que sucedió ese día.

Ese día como dije ingresé a la reunión que había comenzado, en silencio me acomodé en la primera fila, más específicamente en la primera silla de la derecha, que estaba libre. Coloqué con precaución el maletín a mi lado y sin hacer el menor ruido me quité el

sobretudo de gamuza. Con las rodillas muy juntas, la espalda bien erguida y mirando al frente, me senté. Algún colega giró la cabeza sorprendido por mi arribo tardío, pero nadie más me tomó en cuenta. Abrí el maletín y saqué el cuaderno de anotaciones que nos habían entregado el día anterior para tomar nota de todo lo que allí se discutiera, también la nueva lista de accionistas, los últimos balances, ventas y pérdidas. Especialmente las pérdidas llamaron mi atención porque desde hacía algunas semanas se hablaba en los pasillos de suspensiones, jubilaciones anticipadas, vacaciones obligadas y *Outsourcing*, lo que fuera que eso significara.

Se gestaban cambios. Y yo odiaba los cambios.

Mi día ya había tenido un giro demasiado dramático desde muy temprano, tuve una sensación desconocida por mí hasta entonces, que no fui capaz de definir.

Decidido a ignorar ese malestar seguí prestando atención a la clase. Saqué del bolsillo interior de la chaqueta el bolígrafo dispuesto a participar del curso de Computación Obligatoria para el personal Cincuenta Plus.

- Continúe Ó Rally, continúe...

Todos los días laborables, todos sin excepción, yo Patrick Finn Ó Reilly ejercía una estricta e invariable rutina para ir a trabajar que mantuve durante los últimos treinta años, sin excepción.

Me levantaba siempre a las seis y así lo hice la mañana en cuestión, me rasuré con detenimiento durante media hora. Me cepillé como de costumbre concienzudamente los dientes tres veces, ni una vez más ni una menos, siempre de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. En ese orden me lo enseñó mi madre. Hago cuatro, no más, gárgaras obligatorias con desinfectante y me enjuago

la boca no menos de otras cuatro veces, escupiendo de forma controlada en la batea.

Luego me ocupaba de una de las tareas más importantes y delicadas. Esta actividad requería de gran concentración en el hacer, dedicación al detalle. Era imprescindible que la humedad y la temperatura fueran siempre las mismas y ajustadas al centígrado. El efecto era notable. Mi madre, Dios la tenga en su gloria, me enseñó de muy joven el planchado de las camisas en forma ordenada. Esta tarea se debía realizar siempre en un orden establecido como figuraba en la tabla explicativa que ella había dibujado en una cartulina y que conservé a través de los años. El resultado de respetar sus patrones de planchado, contribuyó a mi ascenso en el Banco y a ser Empleado Modelo.

La cartulina se lucía en la pared principal del comedor recordando las instrucciones:

- 1 - El cuello
- 2 - Las mangas
- 3 - Torso superior
- 4 - Torso inferior
- 5 - Espalda

Siguiendo con precisión estos pasos, el éxito estaba garantizado.

- *Prosiga Ó Ralley, cuéntenos más...*

Era el 17 de Marzo, lo recuerdo bien porque era el Día de Saint Patrick, como mi nombre. Le repito, me levanté como de costumbre pero un suceso extraordinario y nefasto rompería mi rutina de

treinta años. La casera, una anciana fiel y bondadosa, cuidaba ese día a su nietita que, mientras ella realizaba tareas de limpieza, sacó sus lápices y dibujó sobre la Guía de Planchado. La abuela quiso borrarlo y el resultado fue mucho peor. Pensé que mi santo me estaba jugando una mala pasada. La Guía quedó totalmente arruinada y a pesar de mis intentos por arreglarla ya no fue lo mismo. Supe que en mi vida ya nada sería igual, algo se quebró dentro de mi. YO era ESA cartulina y había quedado irreconocible.

No obstante estuve listo para ir a trabajar pero era tal el desconuelo que olvidé mi maletín llegando tarde al trabajo por primera vez.

El 17 de Marzo, día de Saint Patrick, a las ocho y media de la mañana el Director del Banco presentó al Responsable del Curso, que dio la palabra al Experto en Computación Obligatoria para Empleados Cincuenta Plus.

Comencé a tomar nota prolijamente, palabra por palabra, de lo que salía de la boca del Licenciado. Miré los Power Point, los gráficos, los pronósticos de la Empresa, que mostraban síntomas de colapso. La crisis mundial también nos había alcanzado. El Licenciado, un hombre muy joven con varios Masters y Doctorado, con numerosos recursos pedagógicos originales, post-modernos y didácticos, había llegado casi a la mitad de su aburrida charla. Haciendo uso de sus cualidades propuso a la audiencia un juego de roles. Con voz muy alta pidió a la veintena de participantes reunidos en el salón, imaginar una situación extrema: *- Estamos todos en medio del mar en una balsa que ya no soporta nuestro peso. Hay que arrojar alguien al agua para alivianarla o nos hundiremos todos. Estimados, la tarea será elegir cual de sus compañeros deberá ser arrojado al mar para que los otros se salven. Cada uno de ustedes deberá justificar la importancia y el valor que tiene como empleado, argumentando ante todos porqué tendría derecho a quedarse en la balsa.*

Los participantes respondieron con una risita reprimida. El tiempo pasaba. El silencio se había adueñado de la sala.

Pero yo, Patrick Finn Ó Reilly, tenía la cabeza como sumergida en un mar algodonado.

Ya no escuchaba al Experto con la espalda erguida como al comienzo de la disertación. Tenía gotas de sudor en la frente, la piel erizada, y el cuerpo encorvado como un gato en pánico. Comencé a desprender los primeros botones de mi camisa mal planchada porque me faltaba el aire, me ardían los ojos y un zumbido en los oídos se apoderaba de mí.

El Licenciado, tal como le habían enseñado, en un intento por romper el hielo expresó:

- Esto es sólo un disparador muchachos, no se inhiban. Opinen, por favor. Es para romper el hielo, no tengan miedo. Disparen!

Yo, en el Día de Saint Patrick, no aguanté más la tensión. Sin pensarlo dos veces y recordando las estrictas reglas para planchar de mi madre y de sus consiguientes maltratos durante años, como si tuviera delante de mí la Guía del Planchado, como si me obligara a seguir sus instrucciones, como si fuera un mapa de mi vida y creyendo que estaba en el Club de Tiro, saqué del maletín la nueve milímetros y disparé.

Oí la estricta voz de mi madre gritándome

1 – Cuello!

2 – Brazos!

3 – Pecho!

4- Abdomen!

5 – Espalda!

y en ese orden gatillé al Licenciado, al Director del Banco y a la Secretaria. A la computadora con el programa para los Empleados Cincuenta Plus la arrojé, finalmente, por la ventana de la sala. Para qué sería necesaria en una balsa que se estaba hundiendo en el mar?

Como usted bien sabrá doctor, me detuvieron de inmediato y no opuse resistencia. Durante el interrogatorio preguntaron el motivo de mi conducta a lo que yo, Patrick Finn Ó Reilly, respondí que estaba confundido, que tal vez había entrado en pánico, que mi Guía de Planchado no servía más. Me defendía, intentaba sobrevivir, no quería que me tiraran de la balsa.

Lamentablemente, mi madre nunca quiso enseñarme a nadar.



Las reglas del juego

Ana Sofía Rey

Hace horas que jugamos. Matilde trajo el juego. Sebastián estaba en casa cuando llegó. El tablero es un camino con reinados y valles, cuevas de oro, viñedos y campos con cereales. Ya dimos varias vueltas. Al terminar las cartas, ganará quien más bienes posea. Hay cartas fuleras, como la del mendigo. Si alguien la levanta pierde sus pertenencias y depende de la ayuda de sus compañeros.

Cada uno instala sus bases en distintos territorios. Mi zona tiene un yacimiento petrolífero y varias fuentes de agua, debo cuidarlo de ataques extranjeros. Mis bienes son veinticinco toneladas de trigo, dos buques marítimos y cuatro aviones con metralletas. Los gané en la segunda vuelta. Saqué la carta que tiene una G dorada en el dorso y permite a los jugadores hacerse de riquezas por un millón de dólares.

Me marea la inestabilidad de los escenarios. Las reglas están pensadas por especuladores. Las cartas modifican el juego. Sebas vendió sus vacas más barato de lo que las había comprado. El precio de sus bienes cambió con una carta que saqué yo, que soy la encargada del Banco Central.

Temo que los amarillos destrocen mi país. Matilde los mueve. Cayó en el casillero de las bombas, desde el que puede declarar la guerra a sus vecinos. La atacaré desde el aire, la próxima vez que tire los dados.

Matilde es una conservadora. Basa sus movimientos en las reglas del juego. Las conoce de memoria.

—Te dije que si caías en el reino de los Zelotes salieras enseguida. Los Zelotes cobran impuestos por cualquier cosa y terminas pobre— me reprocha. Lo que no entiende es que me gusta jugar sin pensar. Creo en el azar, que a veces beneficia a unos y otras veces a los otros. Justicia redistributiva. Matilde destroza mis buques y se queda con mi trigo para aleccionarme. Me guardo la jugada de los aviones para otro próximo turno. Ahora necesito recuperar bienes. Compraré soja que subió de precio para el Banco Central. Sebas me mira. Quiere que le diga lo que tiene que hacer. Le explicamos las reglas unas veinte veces y sigue con dudas. Lo conozco desde los seis años. Éramos compañeros de curso. Un día, hacíamos una prueba de matemáticas y Sebas me pidió los resultados del último ejercicio. Se los pasé en una goma. Vio que no estaban igual que los suyos cambió todo. A la semana siguiente, los dos tuvimos que repetir el examen porque mis resultados estaban equivocados. Matilde está última, sé que en cualquier momento retomará la punta. Ganarle es lo único que me importa. Si saliera un genio de los dados y me diera un deseo le pediría terminar la partida ahora, que estoy primera. Llevar la delantera me incomoda, me da más responsabilidades de las que estoy acostumbrada.

Ganarle a Matilde sería estupendo. Me gustaría verla llorar de tristeza. Ella se cree más inteligente. Una vez, mientras la profesora de Geografía explicaba algo acerca de la lengua del Brasil, se atrevió a corregirla. Le dijo que no se decía brasilero, sino portugués. Habló así, con la autoridad de quien viaja todos los años a las playas de Copacabana.

Me concentro para encontrar una salida. Caí de nuevo en el reino de los Zelotes. Las ideas se me cruzan y busco las reglas. Para salir de la cárcel es necesario pagar una fianza. Emerjo más pobre de lo que entré. Vendí todo mi oro y apenas me quedan veinte quintales de soja.

Tres casilleros más adelante, obtengo dos vacas y algunos lingotes. Estoy primera y con recursos, podría ganar el juego.

Matilde nos mira y dice en voz alta que hay que terminar la partida porque se tiene que ir a su casa. Es el cumpleaños de su abuela. Los dos la miramos de reojo. Sabemos que es una justificación falsa. Se niega a perder. No lo toleraría.

—Quedate tranquila que mi papá te lleva en auto —le digo para que no tenga excusas.

Lo miro a Sebas que por primera vez en las horas que llevamos de juego, toma una decisión solo. Vende el oro para comprar tanques, con los que vence a los chinos y continúa. Acumula cinco quintales de trigo que ahora valen el doble que la soja.

Sebas tiene la delantera. Busco entre las reglas algo que me permita sacar aplastarlo. Un apartado en la página siete del manual que habla de la cárcel. En el casillero setenta y siete está el calabozo. Si pudiera sobornar a los dados para que me favorecieran.

A Sebas le quedan seis casilleros para terminar la partida. No quiero que gane. Leo con atención las reglas, busco en la letra chica, alguna cosa que me salve. En el punto cinco, artículo veintidós está el casillero de la Ira. Es de color rojo. Cualquiera de los jugadores que caiga en él puede mandar a sus compañeros a la cárcel. El compañero que vaya perderá dos rondas. La diosa Fortuna me lleva al casillero rojo. No se va a enojar, pienso para tranquilizarme. Lo importante es que pierda Matilde. Si ganara él, yo también me

sentiría triunfante. Es tiempo de platillos fríos, pienso mientras lo mando a la cárcel. La lealtad ciega de la infancia, ya no me pertenece. Sebas, Matilde y yo, tenemos dieciséis años, pronto seremos un trío de adultos sin ángel. —No te pongas mal, es sólo un juego — le digo a Sebas.

Avanzo. Tengo doce kilos de oro, alfalfa, trigo y algunos caballos. Estoy lista para triunfar.

Matilde y yo nos miramos. Ella retiene los dados entre sus uñas rosas con estrellitas de brillantina. Los mira como si pudiera dirigirlos con los ojos. Cae en el casillero rojo.



La vecina

Gabriela Meyer

Otra vez suena el timbre. Aparece y pregunta: ¿ya te llegó la boleta de Edenor? ¿Tenés baja tensión? ¿Me prestás un poco de harina, que el chino está cerrado? Le respondo que todavía no vino la boleta. Que tengo baja tensión. Que se lleve el paquete entero de triple 000. Y cierro la puerta lo más rápido que puedo. Cada tanto la Vecina trae un pedazo de pasta frola. O una succulenta para mi patio. La semana pasada se ofreció a hacerme las compras si me siento muy pesada. Es que en el último trimestre cuesta moverse, dice. Lo nombra así, “último trimestre”. Preferiría que no venga más, pero no. Me toca el timbre mínimo dos, tres veces por semana. Me incomoda cuando me mira la panza. La panza sobresale, se mueve. Es imposible que la Vecina no la vea.

Lleva años tratando de tener un bebé con su marido. Al principio, cuando me invitaba a tomar mate, me contaba con lujo de detalles. Los estudios dolorosos. Las inyecciones diarias. Los procedimientos en la clínica de fertilidad. Desde que quedé embarazada, dejó de invitarme. Yo tampoco la hago pasar a casa. Pero ella sigue tocando el timbre.

A veces entra un momento. Desde hace unos días, cada vez que se va empiezo a sentirme mal. Me aparecen burbujas grandes en el bajo vientre, calambres en las piernas. Hasta me pareció tener alguna contracción la semana pasada. Se lo cuento a Enrique y él se ríe. Son ideas tuyas, dice. Pobre chica, con lo que le está costando quedar embarazada. Si siempre te llevaste bien con la Vecina. El embarazo te pone muy sensible.

Ahora que empecé la licencia estoy casi todo el tiempo en casa. Tengo listo el bolso para la clínica, tal como nos indicaron en el curso parto. Me dedico a lavar la ropa que usará Delfina. La voy guardando, limpia y planchada, en bolsitas con cierre hermético. La Vecina le regaló un saquito verde con un aplique de una jirafa. No me gustó nada. Tal como me lo dio, lo tiré en un cajón del lavadero.

De a poco voy acomodando la habitación de Delfina. Esta semana ya instalé la lámpara y el velador de ovejitas haciendo juego. Organicé un cajón del ropero nuevo para los bodys y las medias, otro para los saquitos, otro para las mantitas. Más tarde voy a colgar el portapañales, que combina con el moisés.

Mañana armaré la canasta de mimbre blanco con el óleo calcáreo, el algodón, las toallitas húmedas, los hisopos. Enrique colocó el último fin de semana dos repisas, que ya se irán poblando de juguetes. Todavía falta llegar la cuna, que irá debajo de las repisas, en la pared más alejada de la ventana que da a la terraza.

A medida que voy preparando el cuarto tomo conciencia de que Delfina está a punto de llegar. En cualquier momento la tendré ahí, mirándome. Me pregunto de qué color serán sus ojos. ¿Serán marrones como los míos? ¿Y cómo será su carita? ¿Será alargada como la de Enrique? ¿Llorará cada dos por tres, podré calmarla? La doble campana del timbre me baja de un hondazo de mi nube. Llevaba varios días sin sus “pasaditas para saludar”. Hasta que ahora, otra vez.

—¿Alguna novedad? —me pregunta—. ¿Cuándo era tu fecha? Nunca nombra las palabras “embarazo”, “parto”, “bebé”.

—Sí, sí, todo bien. Todavía falta —le respondo, cauta.

Ya sé que apenas cierre la puerta tendré que acostarme. Aunque Enrique diga que son todas ideas mías.

—Se me rompió el lavarropas —dice—. ¿Tenés algún técnico para recomendarme? —Pasá—le digo por no ser tan grosera—. Ahora me fijo.

—Un momentito nomás —me aclara—. No quiero molestarte, me imagino que estás ocupada.

Entonces me odio tanto, porque se me escapa “solo estaba acomodando la pieza de Delfina”.

—Ay, ¿así que ya tenés lista la pieza?

—Sí, está casi lista.

—Qué lindo, ¿me dejás verla?

Se me retuerce el estómago. Delfina se agita dentro de mí. Pienso en poner una excusa, pero cómo negarme.

—Sí, sí, claro. Solo falta llegar la cuna.

Con mis pasos pesados en las botas de cuero marrón, que apenas logro ver por debajo del vientre, subo los peldaños de madera oscura. Ella me sigue con agilidad, aprovechando para mirar cada detalle. Triunfante, porque nunca había logrado llegar hasta el primer piso de mi casa.

Abro la puerta. Revelo el santuario a punto de ser profanado.

—Qué preciosa pieza—me dice—. Me encanta el color de la pared, ese lila con el verde agua queda muy bien. Y combinaste todo, cada detalle. Qué delicada la lámpara.

Siento una puntada en el pecho, las burbujas grandes en el bajo vientre, los calambres en las piernas. Delfina se mueve como nunca. La Vecina se toma su tiempo para observar cada espacio y cada objeto, como si estuviera sacando una radiografía que conservará por toda la eternidad. Y después de unos minutos interminables me dice:

—La verdad, te felicito. ¿Le guardaste el saquito que le regalé, no? —Sí, sí, claro, ya está lavado y guardado con la otra ropita—le miento y giro hacia la puerta, esperando que me siga y salga por fin de mi casa.

—Déjame bajar a mí la escalera primero. Es complicada, cualquier cosa te agarrás de mí —me ofrece. Como si yo nunca bajara sola.

Siento latir todo mi cuerpo. Burbujas, calambres, ya ni sé bien dónde. Por el pecho, la panza, el bajo vientre, las piernas. Veo su silueta esmirriada, sus pies chiquitos, pisando los peldaños delante de mí. Su pelo castaño corto, a pocos centímetros de la panza. Mis botas, a la altura de su columna vertebral.

Incluso en el último trimestre sigo teniendo más fuerza de la que pensaba. La Vecina queda atravesada a los pies de la escalera. Levanto apenas mis pies. Con cuidado paso por encima, sin tocarla.

Solo me queda llamar a Enrique. Y decirle: no tuve alternativa.



8

8º Concurso literario ACIC

– 2021 –

Miembros del jurado

Silvia Barei: Doctora en Literaturas Modernas, especializada en Teoría Literaria y Semiótica de la Cultura, Investigadora y Docente de la Universidad Nacional de Córdoba. Escritora, ha publicado ensayos y 6 libros de poemas, el último *Nosotras* (Alción 2020).

Nicolás Garayalde: Doctor en Letras. Investigador asistente de CONICET. Profesor de Teoría Literaria de la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Nelson Specchia: Politólogo, especialista en política internacional, escritor. Profesor Titular Regular Ordinario de la Universidad Tecnológica Nacional. Premio Internacional Max Aub de Literatura, autor de unas treinta obras en poesía, crónica, ensayo y narrativa; su último libro de cuentos es *“La cena de Electra”* (Edhasa).

Preseleccionadores

Federico Alcala Riff
María Eugenia Allende
Alejandra Casas
Raquel Delfederico
Roberto Chuit
Alejandra Herbstein
Franca Maccioni
Cristina Rizotti
Silvia Vázquez
Gabriela Winnicki



Las zapatillas

Rafael Ricardo Conde

-**M**i hermana no va a venir.

La Directora escuchó la letanía que confirmó lo que la preceptora le venía repitiendo cada vez que se le ordenaba que citara a los padres.

-La alumna está domiciliada en la casa de su hermana.

-Bueno, citen a la hermana entonces -había dicho apenas levantando la vista de una pila de papeles repetidos, listos para la firma automática. En la mano derecha blandía el sello de la escuela, en la izquierda la lapicera con la que reiteraba la rúbrica infinitamente.

“Mi hermana no va a venir”, había dicho la alumna ahora ante su presencia directriz. - ¡¿Podés dejar de repetir como un rosario que tu hermana no va a venir?! -Yo no voy a la Iglesia.

La Directora levantó la vista y la midió.

No. No era una burla.

-Llamen al Equipo de Orientación Escolar. Que se encargue de ella. A disgusto se apersonó en la oficina de la Directora, la Orientadora Social. Llegó con el Legajo sobre el pecho, entre los brazos cruzados. La alumna estaba matriculada en el comedor escolar desde los seis años. Concurría regularmente durante el ciclo lectivo y también a la escuela de verano con la misma regularidad. La maestra de quinto había dejado registro de que el Ropero Escolar le había entregado campera, pantalón, un par de zapatillas y hasta cinco pares de medias. El informe ambiental escuetamente decía: hija de madre soltera. Tutora: La hermana mayor de dieciocho años, dos hermanas menores que la alumna. Conviven las cuatro con una nena de 10 meses, presumiblemente hija de la tutora. La vivienda es una construcción precaria que carece de instalaciones de agua corriente en baño y cocina. Techo de cartón. Piso de tierra.

-A ver qué pueden hacer con esta chica -ordenó la Directora rechazando la carpeta de cartón sin leerla. El nombre de la alumna escrito en imprenta cayó de cara sobre el escritorio. Las letras negras, parejas, manuscritas se destacaban sobre la etiqueta de papel reciclado.

-Citamos a la tutora legal más de cinco veces -confirmó la Preceptora. Mediante nota sellada y firmada y por teléfono celular.

-Estos negros no tienen un mango, pero tienen teléfonos que valen más que mi sueldo -pensó la Directora.

La Orientadora Social habló con la tensa suavidad que denunciaba ira contenida. Pero la respuesta de la alumna, como la del personaje de Melville, *Bartleby*, el escribiente, fue la misma: "Mi hermana no va a venir".

- ¿Pero por qué no va a venir? ¿Trabaja?

-No

- ¿Está enferma?

-No.

- ¿Y entonces?

-No puede venir.

- ¿Le faltan las piernas? -ironizó la Directora al borde de la furia. La velocidad de las firmas sobre los papeles infinitos se incrementó y los documentos cambiaron de columna cada vez con mayor velocidad.

-Más o menos -respondió la alumna. El tono era monocorde pero no desafiante. El sello rebotó nuevamente sobre los formularios del escritorio con un sonido seco. - ¡Más o menos! Le falta una pierna, pero tiene la otra -dedujo la Directora. El sello cayó como una sentencia una vez más sobre el formulario repetido. - ¿Es normal? -preguntó la Directora. ¿La psicóloga la evaluó?

La profesional hacía un instante que miraba desde el umbral de la Dirección, pero ella se dirigía a la Preceptora quizás con intención de que su queja fuera escuchada por la aludida sin darle oportunidad a responder. La Directora necesitaba que su frustración impactara en algún blanco. Cualquier subalterno podía ser útil. Ya que la alumna no reconocía su autoridad, algún chivo expiatorio debía sentir la gravitación de su *imperium*.

-Estas dos (las del Equipo de Orientación Escolar) se rascan todo el día (se dirigía a la preceptora, pero su intención era lateral).

La Directora sentía que la frustración se transmutaba en odio. Los sentimientos la trabajaban por dentro tensándole los músculos del cuello.

La Asistente social animada por el reciente desprecio, intentó con la alumna una vez más.

-Si vos me decís el motivo por el que no puede venir a lo mejor yo te puedo ayudar. Si no voy a tener que ir al domicilio de tu hermana.

¿Vivís con ella, ¿no?

-Sí. Pero no va a poder venir.

-Bueno, mamita, si no me das una respuesta coherente voy a tener que actuar de otra manera...

El diminutivo lejos de ser cariñoso transmitía amenaza. La alumna con la cabeza baja sintió la voz intensa que podía provenir de cualquiera de las cuatro autoridades escolares presentes.

- ¿Por qué no va a poder venir? -intervino la psicóloga como quien reemplaza en la trinchera al compañero agotado.

La alumna alzó la cabeza y recorrió el ámbito. Quizás algo en el gesto o en la mirada de las cuatro autoridades le hicieron entender que debía responder la repetida pregunta con una respuesta diferente.

La Directora vio que la alumna cambiaba de posición. Quizás las impertérritas fuerzas institucionales habían roto la muralla de la ciudadela infranqueable. La alumna se miró los pies, quizás levantó un poco los dedos; resopló y en la misma emisión de aire cansado dijo: "No va a poder venir porque las zapatillas las tengo yo".



De noche, las puertas abiertas

Nazira Belén Günther

Nadie me entendió cuando pedí las once llaves para el departamento nuevo. El cerrajero no paraba de pedirle disculpas a Luis cuando me trajo solo una y me agarró el ataque de nervios. El hombre repetía sin parar que pensó que mandé mal el mensaje, que solo quería una copia más de la de entrada, no una para cada puerta. Perdón, perdón, perdón le decía, mientras yo me apoyaba en la mesada de la cocina y respiraba de a bocanadas, intentando no agarrarme de los pelos. Luis echó al tipo y le prometió que le íbamos a avisar qué hacíamos. Nunca lo llamó, para él, nos iba a querer cobrar de más.

— Pero Nico, con una copia para cada uno alcanza. Si querés ponemos doble cerradura. Por ahí alguna traba más en la ventana del balcón. Más que eso no hace falta. — Me susurraba Luis a la noche.

Me quería abrazar, consolarme, y yo no sabía cómo explicarle que ya me estaba arrepintiendo de mudarnos juntos, que extrañaba tener la cama doble ancho toda para mí y andar desnudo a la mañana

na sin que me miren con cara de sexo. No sabía poner en palabras que cuando me rogó para que nos mudemos juntos “a un lugar más abierto, menos tétrico” que mi monoambiente en la San Martín, lo que más miedo me daba era tener que preocuparme por los dos. Y por la cantidad de puertas.

Porque el monoambiente en la San Martín estaba en un primer piso, escondido atrás de un garaje. No tenía balcón, ni ventanas, ni una gran habitación iluminada como el departamento en el que estaba teniendo mi crisis nerviosa. Ese lugar me hacía sentir seguro, como si por fin tuviese un hogar. Ahí solo tenía que pensar en poner llave y encerrarme a la tardecita, cuando volvía de mi trabajo monótono de cajero medio turno, sin miedo a la idea de que ella me tome de sorpresa.

— Se ve que tenías muchas ganas de irte. — me dijo Luis cuando vio el lugar. No tenía ni idea.

Una de las mejores decisiones de mi vida fue haberme escapado de la casa vieja. El placer que sentí al acostarme en el camastro del motel de mala muerte en el que me refugié ese martes, no lo volví a sentir nunca más. Era la primera vez que tenía un lugar para mí. El olor a humedad en las sábanas púrpuras era tan fuerte que me hizo acordar a mis pagos. Las colgué por la ventana que daba a un callejón donde dos hombres de la calle discutían a los gritos. Me tiré de cabeza en el colchón manchado de amarillo y respiré profundo por primera vez en años. La libertad inigualable de estirarme sobre esos resortes rotos no volvió a mí ni siquiera cuando logré comprarme uno a mi nombre.

Rememoré entonces los nueve años en los que compartí la cucheta con mi hermana y me llevé las manos a la cabeza por intuición. Era imposible no querer arrancar las pocas imágenes distorsionadas que todavía guardaba de ese lugar. Una habitación sin ventanas, un techo alto de madera y un altillo por donde veíamos

caminar a las palomas. Por lo que me contaron, los dueños nuevos la usan de armario. Me acuerdo que ninguno de los dos queríamos compartir. Yo era un nene entonces, pero ya sabía que Cata y yo éramos muy diferentes, que necesitábamos nuestro propio lugar. Pero todas las otras habitaciones estaban ocupadas con materiales de construcción o manchas de humedad inundando las paredes.

La nuestra era la única pieza sin ventanas. A Cata no le gustaban porque decía que atraían pájaros a la muerte. Una vez, en el otro barrio, la había visto mirar fijamente a uno que había chocado contra el vidrio de la cocina. Lo agarró de las patas y lo examinó poniéndolo boca arriba. Era un hornero, creo. Me imaginé que el pájaro revivía y le picoteaba los ojos. Me dio tanta vergüenza el pensamiento que me largué a llorar. Cata me vio alarmada, como si la hubiese interrumpido haciendo algo malo. Al otro día el pájaro ya no estaba.

La pieza que compartíamos era de dos por dos, así que las camas no estaban una arriba de la otra, sino que se cruzaban en forma de L. Yo dormía en la parte de arriba. No teníamos escalera, así que para subirme tenía que pisar las barritas de madera blanca que separaban a Cata del piso. Cuando ensamblamos las camas nos equivocamos y le pusimos la protección a la de abajo. Uno de mis sueños recurrentes eran los que evocaban mi caída inminente. En ellos, mi cuerpo redondo rebotaba contra las baldosas reventadas una, dos, tres veces, hasta que quedaba quieto para siempre. A veces mi cabeza chocaba contra las barras protectoras antes de caer. Los pocos pelos marrones que me quedaban después de que ella me los arrancó se trababan bajo las patas de la cama. Para cuando mamá se daba cuenta del desastre, los recovecos entre las baldosas ya estaban teñidos de un negro espeso. En esos sueños ella gritaba, se tiraba sobre mi cuerpo y pedía que vuelva, que no la deje sola con Cata. Lo primero que sentía al despertar era una molestia horrible. Miraba hacia la puerta, para asegurarme de que estuviese abierta. Después revisaba que su cama siguiese vacía. Si lo estaba, me ta-

paba hasta la cabeza y seguía durmiendo. Las verdaderas pesadillas eran otras.

Ya era de tardecita cuando abrí los ojos y volví a encontrarme en el motel. El cuero cabelludo me quemaba y mis uñas estaban llenas de sangre. Metí la sábana por la ventana y la trabé. Después me acosté a mirar sorteos de lotería y juegos de palabras con mujeres semidesnudas en la tele, esperando a que se haga de día. Solo entonces dormí hasta que me vinieron a pedir amablemente que me retire del lugar o pague cuatrocientos pesos más que no tenía.

Todavía tengo la mochilita *animal print* que compré en la plaza para guardar un cepillo de dientes y un par de remeras que ya no me entran. Cuando nos mudamos al centro, Luis la quiso tirar porque “era para juntar mugre nomás”. No quería pelear, así que le dije que sí y la escondí en mi cajón de medias. Me hacía acordar que sin importar qué me retuviese, yo podía irme cuando quisiera. A veces observaba a Luis mientras jugaba a hacer números en la computadora, mirando un partido de tenis o cocinando verduras insípidas en la olla a vapor y creía que lo quería de verdad. Nunca nadie me había cuidado así. Siempre me decía que amarnos era la decisión más valiente de nuestra vida. Me sonreía con todos los dientes, me abrazaba, y yo no me animaba a decirle que mi mayor acto de valentía fue haberme ido a la mierda.

Cata andaba por casa solo de noche. A veces no la veíamos por días enteros, ella se iba y nosotras dejábamos las puertas sin llave, semiabiertas, para que ella pueda volver a casa. Si durante el día pasabas frente al baño, o la salita que usábamos de lavadero y la puerta estaba cerrada, sabías que estaba ahí. Que no había que entrar. Ella era la verdadera dueña de mi casa, y mi mamá y yo teníamos demasiado miedo para que eso cambie. Nunca nos habíamos planteado dejarla afuera.

Una vez se encerró en nuestra pieza de día y yo necesitaba de urgencia un cuadernito celeste, esos de tapa rugosa, porque ahí tenía mis tareas del colegio. La maestra de Lengua me quería, decía que tenía buena letra. Creo abrí la puerta de la pieza sin pensar porque en la escuela las puertas de las aulas siempre estaban cerradas, producto casi inocentes del deseo de los docentes de que no nos distraigamos con el exterior. Me desperté un par de horas después, encerrado en una de las salas sin refaccionar, con las manchas de moho en forma de monstruo. No salí durante una semana cuando vi que faltaba la mitad de mi pelo.

Mi mamá me pegó un sopapo cuando se enteró lo del ataque.

— Cómo no vas a tener más cuidado, Nicolás. Sabés que tu hermana no se puede controlar. — Me gritó esa vez. Después me abrazó y lloramos un rato. Mamá lloraba mucho por esos días. Casi nunca frente a nosotros, pero las paredes de la casa eran finas. Me cuesta pensarla como madre, porque no hacía otra cosa que trabajar y fumar cigarrillos hasta las siete de la tarde, cuando volvía a casa a abrir los portones para Cata y encerrarse con la radio en su habitación.

Hubo solo una noche en que mi hermana salió y avisó que no volvía hasta dentro de unos días, cuando mamá fue a verme. Se paró a lado de la cucheta y me cantó para que duerma. “*Manuelita vivía en Pehuajó, pero un día se marchó...*” Tenía esa canción en la cabeza la tarde que me fui, aunque ahora no puedo recordar su tono de voz. Muchos de los fragmentos que tengo de mi mamá en mi mente se fueron, junto con aquellos que me obligué a borrar.

Después de que Cata me atacara casi no la volví a cruzar. Andaba de mal humor todo el tiempo, salía con sus amigos del barrio o se juntaban en casa, pero no nos dejaba ir a la sala, ni a mí ni a mamá. Yo iba a la escuela, pero cada vez me costaba más porque mi maestra preguntaba mucho. Que si estaba todo bien, que si podía

leer las cosas fuera del colegio, que por qué mis papás nunca vienen a las reuniones, por qué pareces tan triste Nico, por qué usas ropa manchada y con ese olor a humedad insoportable que hace que los otros chicos se quejen, por qué por qué. Ni se lo mencionaba a las chicas, que apenas me habían dejado ir y si se enteraban, me iban a encerrar permanentemente.

Una vez la maestra me quiso agarrar del hombro y la empujé. La vi caer como en cámara lenta, tropezar con el basurero y chocar contra el pizarrón. En ese momento supe que yo también me estaba volviendo un monstruo. Me mandaron a dirección y llamaron a mamá, pero ninguno de los dos pudo explicar que eso hacíamos cuando la gente se nos acercaba demasiado porque a mi hermana no le gustaba, porque era celosa, porque éramos suyos. Después de eso no fui más. Mamá se iba al trabajo temprano y yo deambulaba por el parqucito que estaba a unas cuadras de casa hasta el mediodía. A veces Cata se juntaba ahí con sus amigos a la noche. Los banquitos de madera siempre estaban llenos de ese olor que yo tanto odiaba, esa mezcla de pelaje mugriento y carne podrida. Me daba arcadas cuando lo tenía que sacar con lavandina de la sala. Todas las noches los escuchaba aullar canciones ininteligibles hasta la madrugada, hasta que por fin se iban y cerrábamos los portones.

Este departamento no tenía portones. Luis me decía que es un edificio, Nico. Nadie va a entrar si no pasa por el portero, Nico. Yo asentía despacio, como cuando Cata nos decía que no la jodamos, como cuando nos encerraba en las habitaciones sucias, en las que el aire estaba contaminado por el encierro, porque la casa era de ella y quería andar por ahí sin que la molestemos. Como cuando mamá me pedía que no me vaya, cuando le expliqué que ya no aguantaba más. Pero igual me fui, asentí y asentí, pero al otro día agarré la mochila *animal print* y cuatrocientos pesos de su billetera y me las tomé, trepando el portón de hierro que nos separaba de la calle, antes de que se haga de noche y ella abra las puertas.

Luis no me entiende cuando le digo que estoy asustado. No entiende que no podemos salir cuando oscurece, ni traer gente, ni tomar una cerveza en el balcón. No entiende que hace años mamá está esperando a que deje de hacerme el valiente y vuelva a ellas. No entiende que Cata es celosa, que me está buscando, que trepó la cucheta para sentir mi olor, esa mezcla de miedo sudoroso y lavandina que tanto conoce. No entiende que fue hasta el motel, me sintió acostado en una cama donde antes estuvieron mil personas más y se durmió encima sin que nadie la eche, que sabe que trabajo en el súper, que lo conocí, que me voy a terminar deshaciendo de él porque en mi vida no entra nadie más que ella y sus fauces infinitas esperando a que deje las puertas abiertas de noche.



La confidente

Claudio Emilio Mamud

—**P**erdón, acá no se pueden sentar; esta mesa está reservada.

El muchacho miró a la chica, ambos se sonrieron y alzaron las cejas para expresar sorpresa, pero, afortunadamente, no dijeron nada.

—Elijan la mesa que quieran —les sugirió el mozo, abarcando con un movimiento de su brazo el bar casi vacío.

La pareja se sentó a otra mesa sin decir nada.

Fue una suerte; no siempre los clientes reaccionaban tan bien. Muchos protestaban —innecesariamente, hay que decirlo—, pues esa mesa para ellos no tenía nada especial; pero quienes se quejaban consideraban absurdo que una mesa en un bar estuviera reservada a las ocho de la mañana.

Mientras iba a la barra a transmitir el pedido de la pareja, el mozo se reprochó no haber colocado el cartel que decía “Reservada”. Se propuso intentar no olvidarlo más, así evitaría estos sucesos

que, aunque nimios, resultaban poco agradables. Por ese motivo siempre deseaba que Renzo, quien era el que ocupaba habitualmente esa mesa, llegara lo antes posible. Pero eso no sucedía; acostumbraba entrar al bar pasadas las ocho; no más de las ocho y media porque, a más tardar a las nueve, pagaba y se iba.

¿Hace cuánto Renzo visitaba el lugar? “El Chino” Fendé afirmaba que desde hacía tres meses; en cambio, “El Nieve” Marcilo insistía que era desde antes: por lo menos, cinco meses, y hacía la cuenta tomando como referencia el cumpleaños de su esposa. El dueño del bar, don Atilio —para los clientes, carecía de apellido—, intentaba quedar bien con ambos y aseguraba que era cliente hacía cuatro meses. El Chino —que cargó con ese apodo desde que tenía memoria, sólo porque sus ojos estaban apenas un poco cerrados—, el Nieve —que era más negro que la pomada negra, pero a un cliente de paso se le ocurrió llamarlo así y, como todos se habían reído, el nombre le quedó— y don Atilio solían embarcarse en la búsqueda de esta inútil precisión hasta que entraba Renzo. El mozo no se metía en semejante indagación cronológica; consideraba que ya tenía bastante con servir a la clientela, para encima tener que pensar desde cuándo tal o cual parroquiano visitaba el establecimiento.

El primero en animarse a saludarlo fue el Nieve. Una mañana, mientras Renzo se levantaba de la silla, le arrojó a la cara al enigmático hombre un “Hasta mañana, don”. El otro bajó y levantó la cabeza en signo de agradecimiento, pero nada contestó. Desde entonces, lo saludaban cuando llegaba y también cuando se retiraba. Como desde la barra, que era el lugar en que se ubicaban el Chino y el Nieve, se veía todo el bar, era fácil observar la rutina del misterioso hombre, que ocupaba siempre la misma mesa.

En los primeros días en que Renzo visitaba el bar, dos veces había sucedido que esa mesa se encontraba ocupada a las ocho y cuarto de la mañana. Los tres, más el mozo, habían sido testigos de la desolación y tristeza que Renzo transmitía. En esas

oportunidades, el hombre se había quedado parado junto a la mesa, cabizbajo, esperando... esperando que esos importunos de una vez por todas se levantaran de su mesa y se fueran. Porque, sin dudas, él la consideraba así: “su” mesa. La angustia que daba verlo de esa manera, con muestras evidentes de decepción y ansiedad — el Chino afirmaba que Renzo contenía las lágrimas—, inspiró a que don Atilio ordenara al mozo que, desde entonces, de ocho a ocho y media esa mesa no fuera ocupada por nadie.

Probablemente, Renzo no se enteró, pero, al principio, manifestaba su alegría por hallarla desocupada, acompañando su pedido habitual —café doble con dos medialunas... de grasa o de manteca, le daba igual— con una sonrisa apenas más entusiasta que la esbozada por la esposa de Francesco del Giocondo en el célebre cuadro de Leonardo da Vinci.

No sólo se aseguraban de que la mesa estuviera desocupada, sino que el mozo — digamos su nombre de una vez por todas: Jorge— corría la silla que daba al ventanal y la colocaba de modo tal que estuviera frente a una pared. Para ser más precisos, quien se sentaba en esa silla no miraba la pared, sino a un póster que estaba sujeto a ella con cuatro pedacitos amarillentos de cinta scotch. Era el de una película: Traición silenciosa, protagonizada por Arna Saltzman.

Arna ocupaba gran parte del afiche. Se la veía vestida con un traje negro, parada con un pie hacia adelante. En una de las manos tenía un revólver. Lo más importante, lo que creo que cautivó a Renzo, era que Arna parecía mirar a los ojos de quien se parara delante del afiche. Jorge afirmaba que cualquiera que pasara por delante de la imagen sentiría que los ojos de la actriz lo seguían.

Renzo se sentaba, hacía su pedido y, una vez que lo tenía en la mesa, comenzaba con aquello que tanto intrigaba a todos.

Al mismo tiempo que tomaba el café y comía las medialunas con calculada lentitud, miraba fijo al afiche —mejor dicho, a Arna— y movía los labios. Había que observarlo mucho tiempo para darse cuenta de que algo decía. Durante la media hora en que solía estar en el bar, parecía ser invadido por los más diversos estados de ánimo.

El Chino, el Nieve y don Atilio desde su atalaya observaban cómo por momentos bajaba la cabeza, cómo se sonreía solo, cómo dejaba de mover los labios —¿estaría pensando algo?—; hasta más de una vez lo vieron cubrirse los ojos con las manos para ocultar el llanto. Todos los días era igual. Los cuatro se preguntaban qué haría los domingos, que eran los días en que el bar estaba cerrado.

También trataban de adivinar algo sobre él, lo que fuera: ¿sería casado, soltero o un viudo que añora la presencia de su amada? Jorge estimó que rondaría los cincuenta años. Los otros le daban más, pero el mozo sostenía que él sí lo había visto de cerca y que quizá podía ser que pareciera de mayor edad, pero era evidente que su aspecto se debía a que “su alma estaba llena de cicatrices”. El Chino comenzó a bromear sobre la inesperada figura poética empleada por el mozo; empezó a llamarlo “Rubén Darío”, pero el apodo no prosperó, y el mozo siguió siendo “Jorge”, a secas. Jorge fue el encargado de averiguar el nombre del particular cliente.

A todos les quedaba claro que Renzo se sentaba a la mesa para, en su imaginación, contarle sus problemas a la foto de Arna. Por las pocas veces que sonreía, dedujeron que el hombre padecía su vida. Les pareció un acto de solidaridad y bondad darle cobijo y reservarle la mesa que tanto deseaba. Consideraban que de esa manera los días de Renzo serían menos aciagos.

Don Atilio pensaba que Renzo se había enamorado de la actriz luego de verla en esa película. “Seguro que la vio y le gustó mucho”,

repetía. Una mañana les contó que había buscado en Internet de qué trataba Traición silenciosa.

Así se había enterado de que la actriz se llamaba Gianna Gian-
nicciolloni, y que ocultaba la indiferencia a las cacofonías de sus
padres con el exótico nombre de Arna Saltzman. El argumento de
la película no lo comprendió bien.

Parece que trataba de agentes de la CIA, la KGB y de un servicio
secreto francés que se unían para desactivar una bomba biológica
que preparaban en un país de África, no se acordaba si era Angola
o Singapur. El Nieve le dijo que Singapur estaba en Asia, y así sumió
al dueño del bar en una confusión mayor. Lo que importaba era
que Arna —la agente... no se acordaba qué número— se infiltraba
en una célula africana o asiática... daba lo mismo... y que, además
de desbaratar el plan, lograba matar a quienes se erigían como un
peligro para la humanidad... para la humanidad que era buena, por
supuesto.

Gran desilusión y desconcierto creó don Atilio con el paupérri-
mo resultado de su búsqueda.

En un comienzo, se preguntaban por qué Renzo había elegido el
afiche de Arna, pero luego se percataron de que era el único de los
anuncios pegados en los que se veía muy grande una figura huma-
na. En los otros, aparecían demasiado pequeñas o

directamente ni estaban, como en el afiche de la película corea-
na El malvado sillón asesino.

Los clientes de paso atribuían la profusión de afiches de pelícu-
las pegados en la pared al excesivo amor del dueño del bar por el
cine, cuando, en realidad, se debía a su escaso interés por pintar las
paredes, pues cada uno de esos afiches ocultaba,

con éxito, alguna mancha de humedad, una rajadura o, sin más, un desafortunado sector de la pared que se había descascarado. Lo bueno era que le otorgaba personalidad al local, aunque quizá a más de uno le extrañaba esa promiscua convivencia de anuncios de películas tan distintas como la anteriormente mencionada —donde el protagonista era el sillón que, no se sabía cómo, se las ingeniaba para matar gente a lo largo de la hora y media que duraba la película— y *La Cenicienta*, de Walt Disney. “Son las que conseguí”, repetía don Atilio a los pocos que le preguntaban.

Sólo Jorge recordaba que la primera vez que Renzo entró al bar se quedó parado cerca de la barra mirando las mesas y las paredes para elegir dónde sentarse. Desde entonces, no faltaba un día.

La gran incógnita era saber qué le contaba a la imagen. No cabían dudas de que le transmitía problemas muy profundos; más que nada lo deducían por las continuas veces en que Renzo intentaba ocultar las lágrimas.

Don Atilio le sugirió a Jorge que averiguara algo de él. Recién a la semana pudo el mozo elevar su informe a los tres impacientes. Renzo estaba casado, parece que hacía catorce años con una mujer llamada María o Mariana, no recordaba bien; que tenía dos hijos, y los dos vivían afuera: uno en Francia y otro en España, y era administrativo en una empresa agroexportadora que estaba a dos cuadras del bar. Los cuatro acordaron que la tristeza del hombre se debía a la ausencia de los hijos, aunque seguramente que había algo más... Morían de curiosidad por averiguar qué era ese algo más. Varias mañanas se quedaron tristes ante el mudo sufrimiento del hombre. También percibían, y esto es importante, que luego de desahogarse ante la fotografía de Arna, se encontraba más sereno, más liviano... hasta sonriente. Una tarde, don Atilio se sorprendió al ver que entraba el Chino. Al igual que el Nieve, él sólo iba por la mañana. Lo notó exaltado. Apresuradamente, sin contener su excitación, el cliente le contó que su esposa se había reunido con sus

compañeras del secundario al mediodía; que durante el almuerzo, entre tantos temas, hablaron sobre los sentimientos que todos escondemos, y que por eso ella mencionó a Renzo —sabía todo por su marido, por supuesto—. Lo novedoso fue que una de sus amigas le dijo que era prima de Arna. Es más, hasta se ofreció para hablar con ella y contarle sobre Renzo. Su esposa le dijo que sería una buena idea. Ahora esperaban la respuesta de la carismática actriz.

Evidentemente, con su relato, el Chino aguardaba una reacción alegre de don Atilio, pero el hombre se limitó a levantar ambas cejas. Luego siguió pasando el trapo rejilla a la barra del bar. Don Atilio sintió los ojos expectantes del entusiasta sobre él y, para no defraudarlo, contestó, luego de un rato en que se propuso elegir muy bien las palabras:

—Bueno... a ver qué dice esa señora...

Al día siguiente, el Chino, en cuanto entró, lanzó la sensacional noticia. ¡Arna accedía a ir al bar para conocer a Renzo y hablar con él! Tenía su número de teléfono. El Nieve le dijo al Chino que la llamara en ese instante. Don Atilio insistió.

Arna se mostró muy simpática. Propuso ir a la mañana siguiente. La hora no constituía ningún problema, ella acostumbraba levantarse temprano. Esa mañana, media hora antes de lo habitual, ya estaban estratégicamente ubicados en la barra el Chino y el Nieve. No dejaban de mirar la puerta, aunque, en más de una oportunidad, Jorge les pedía que fueran más disimulados. Por fin entró Renzo. Se sacó el abrigo, pidió su desayuno y, apenas el mozo se lo llevó a la mesa, como si hubiera estado ensayado, entró triunfal, rozagante, luciendo su sonrisa de primera actriz, Arna Saltzman. Se detuvo de inmediato para buscar a Renzo. La turbación se esfumó enseguida, una vez que siguió la dirección del dedo de don Atilio, que le señalaba al atribulado parroquiano.

Justo Renzo estaba con la cabeza baja. Grande fue su sorpresa cuando, al levantarla, se encontró con, ni más ni menos, Arna Saltzman; ¡la verdadera Arna Saltzman!, no la que estaba impresa en un afiche descolorido. Arna le sonrió, revelándole sus dientes blanquísimos. El hombre se quedó mirándola asombrado. —¿Puedo sentarme? —le susurró la actriz.

Renzo no contestó.

Arna quiso romper el inesperado silencio:

—Renzo, contame tranquilo lo que desees —le murmuró con dulzura. El hombre continuó mirándola con los ojos muy abiertos. Desde la barra seguían todo lo que sucedía, hasta Jorge desoyó el pedido de dos mesas, interesado en el singular encuentro.

Entonces, los cuatro vieron sorprendidos cómo Renzo le hacía un gesto al mozo, dejaba dinero sobre la mesa, se colocaba de nuevo el abrigo y atravesaba la puerta del bar... para siempre. Todos se quedaron callados. Arna expresó su sorpresa levantando ambas cejas y esbozando una risita llena de nervios y desencanto. Ante su mirada inquisidora, don Atilio sólo atinó a elevar y bajar los hombros para darle a entender que estaban tan extrañados como ella.

Jamás volvieron a ver a Renzo. Cada tanto alguno de ellos lo recordaba, pero de inmediato pasaban a hablar de algún partido de fútbol o de las elecciones, aunque aún faltaran meses para que se llevaran a cabo.

Si no lo volvieron a ver, fue porque nunca pasaban por el bar que estaba a cuatro cuerdas del de don Atilio. En ese otro bar, el dueño, el mozo y dos parroquianos solían hablar del nuevo cliente que iba a desayunar todos los días, que se sentaba siempre en la misma mesa y que, estaban seguros, le hablaba en voz muy baja a la foto en blanco y negro de una cantante de jazz que tenía delante. Para

tristeza de todos, les parecía que, cada tanto, el pobre hombre se esforzaba por no llorar.



El norte

Julián Berenguel

*Sin embargo, todavía, si se me cuadra y me apuran
puedo mostrarle a cualquiera que sé hacerme respetar.*

El hombre había nacido en la provincia de Córdoba a principios de siglo. Había construido una sólida carrera militar y hacía pocos meses ejercía su cargo como Presidente de la República. Pero una oscura presencia, como una mancha, perturbaba sus horas de ocio y su tranquilidad. Un domingo por la noche, después de un fin de semana de placeres que tampoco lograban cambiar su ánimo, decidió afrontar esa amenaza que lo acechaba. Antes de desvestirse, se sirvió una medida de brandy. Tomó el primer sorbo, se sentó frente a la máquina de escribir y redactó:

Buenos Aires, 8 de abril de 1956

He leído atentamente su carta. Acepto con gusto el duelo. Lo encontraré, si su valor es verdadero como dice, en la frontera del

Paso de San Francisco durante el mediodía del día 15 del próximo mes.

Se acostó sin sueño, inquieto por el futuro. A la mañana siguiente, hizo enviar la breve carta a su destino.

Bajo un sol abrasador, el Viejo camina por las calles de la ciudad panameña de Colón. Usa lentes oscuros y viste una camisa de seda. Cuando llega al Hotel Washington, el recepcionista le informa que tiene correo. El Viejo abre el sobre y lee el mensaje. Sonríe. Sube a su habitación y hace algunas llamadas telefónicas. Unas horas después, escribe un telegrama y le encarga a uno de sus contactos que haga llegar esa información al extranjero.

El día de su partida, el Viejo cruza la entrada del hotel con una maleta liviana en sus manos. Apenas lleva los objetos necesarios. Saluda al chofer y se acomoda en el asiento trasero del automóvil. El ruido del motor del Opel Rekord Olympia interrumpe el silencio del camino. Los hombres en su interior contemplan el paisaje casi con nostalgia.

—¿Viaja solo?— pregunta el chofer.

—Me esperan en Chile— responde el Viejo —Ibáñez tiene lista una escuadra militar para escoltarme hasta la frontera.

—¿Y si el canalla no se presenta?

—Isaac, amigo, en ese caso tendré que ir a buscarlo hasta Olivos...

Los dos hombres se ríen. El Opel avanza solitario por el asfalto. A los pocos kilómetros, se empieza a divisar Panamá. El chofer ma-

nipula el volante con la técnica de un violinista. Ingresan a la ciudad con cautela: hay que evitar cualquier posible filtración sobre el traslado del Viejo. No figura en el registro de pasajeros, viaja como “polizón autorizado”. Las calles están desiertas. En el puerto, el personal del buque mercante espera con hastío la hora para zarpar.

—Gracias por todo, Isaac.

El Viejo y el chofer bajan del auto. Se dan la mano y después un medio abrazo. Cuando lo ve abordar, el chofer mastica la amargura de la incertidumbre: sabe que está despidiendo, tal vez para siempre, al pasajero, pero también al amigo. Desde la embarcación, el Viejo lanza una última frase que el chofer apenas llega a escuchar:

—¡Ya sabe cómo es esto: hay que matar al perro para terminar con la rabia!

Una semana después, el buque arriba al puerto de Caldera. En la costa chilena, cuatro soldados esperan al Viejo. Uno de ellos, de rostro aindiado, fuma un cigarrillo mirando el enorme cuerpo de agua del Océano Pacífico. Cuando se percató de que el Viejo está de pie frente a ellos, tira el cigarrillo con vergüenza y lo aplasta contra el piso con su bota derecha. De los cuatro, es el último en hacer el saludo militar. Con una sonrisa, el Viejo les pregunta:

—Bueno, muchachos, ¿dónde queda mi habitación? Necesito descansar una noche de la litera.

Los soldados sonríen también. Lo guían hasta un vehículo militar y hacen el trayecto hasta su lugar de alojamiento. Durante la noche, los chilenos se turnan para las guardias. Custodian la puerta como lo haría un dragón sobre un tesoro.

El Viejo almuerza en el comedor del hotel. Lo acompañan dos de los soldados. Dialogan sobre política. Después de comer, juntan sus cosas, suben al auto y salen a la ruta. El vehículo militar es resistente y veloz. Mientras avanzan, conversan sobre la cultura nacional de sus pueblos.

—Pero en tango no hay como Gardel— afirma uno de los soldados, el de rostro aindiado.

—Veo que es usted un argentinófilo, amigo— bromea el Viejo.

Después entonan un tango que se pierde entre el asfalto. El Viejo evoca sus hazañas como cazador principiante cuando perseguía liebres en la llanura patagónica. Los más jóvenes se entusiasman con las historias. El viaje es agotador. El camino, extenso y árido. Llegando a Laguna Verde, el grupo decide parar para descansar en un refugio.

—Mañana es 15 de mayo— menciona el Viejo.

Los soldados se quedan en silencio. Uno de ellos, con un poco de timidez, de repente dice:

—General, ¿puedo preguntarle algo?

—Pero claro, ya lo está haciendo.

—Es cierto. Quería saber cómo puede estar seguro de que el duelo será limpio.

—No lo estoy. Pero ningún estratega elegiría entrar en guerra con una nación vecina por un motivo personal. Recuerden que esta es una misión secreta, una operación encubierta. Cualquier falta al acuerdo provocaría un conflicto diplomático.

Los otros escuchan y asienten. Le invitan un trago, pero el Viejo prefiere no tomar. “No quiero afectar mis reflejos”, explica. Después de la cena, saluda a los soldados y se acuesta.

El Viejo abre los ojos y mira la hora en su reloj. Entonces llega su primer pensamiento del día: “Hoy voy a matar un animal”. Levanta los músculos de su cuerpo con mucha atención, calculando cada movimiento. Uno de los soldados desayuna un líquido caliente que humea desde la taza. Los otros todavía duermen.

Antes de salir, el Viejo revisa y limpia su pistola. Es una Colt 45, fiel compañera desde sus tiempos en la Escuela Superior de Guerra. Como se pactó previamente, la recámara sólo tendrá una bala.

Avanzan por la ruta. Por una de las ventanas, el Viejo advierte un inmenso salar. Uno de los soldados le comunica su nombre. Recorren algunos kilómetros más y el vehículo llega hasta el lugar. Sobre un cartel de gran tamaño, se lee: “Paso de San Francisco”. Ya casi es la hora. Pocos minutos después, una camioneta hace su aparición desde el lado argentino. El hombre, el mismo que envió la carta el 8 de abril, abre una de las puertas y desciende. Lo siguen cuatro soldados.

—El exilio lo ha cambiado. El país también ha cambiado, está siendo salvado. El pueblo ya no conocerá su opresión— pronuncia el hombre.

—Usted es un bárbaro.

El Viejo camina con firmeza. Lleva el rostro barbado. Mira el horizonte con gravedad, como si fuera el último. El otro hombre da cada paso con torpeza. Los soldados chilenos y argentinos permanecen al margen, como meros observadores. Cada uno de los due-

listas sostiene su pistola en la mano. El viento silba. La aridez del paisaje nubla la vista. Cuando llega el momento, los dos disparan.

El hombre ha caído, está sangrando. La Puna es testigo. La bala lo ha impactado en el pecho. Agonizando, se arrastra sobre la tierra. El Viejo se acerca hasta él y habla:

—Vi cómo le temblaban las manos antes de apretar el gatillo. Vino a buscar su destino a este páramo y lo tuvo. Pero, ¿sabe qué? Sigue siendo una gallina.

El baleado apenas escucha. Desde la herida, la sangre sigue abandonando su cuerpo. El hombre se empieza a morir hasta quedar muy blanco y quieto. El Viejo mira al cadáver por primera y última vez. Se aleja, incólume y cansado, dando pasos muy lentos. Una huella roja, casi perfecta, queda grabada sobre la tierra. Ahora, que el trabajo fue hecho, el Viejo cruza la frontera.



Elena Beatriz Ninci

***E**n 1333 el Diablo corría sin aliento rumbo a la Capilla de Péché. En los brazos llevaba un niño. Alguien dijo que el último sostenía al primero.*

El monje encontró al cantante de la Iglesia de Saint Hilarie temblando de frío. Una vez recuperado, el niño de voz extraordinaria confesaría haber robado un Rosario de plata, madera y marfil que estaba enroscado a un árbol de manzano, en el cementerio de su pueblo, desde siempre. Pensó que haría buen dinero, le sería más útil a él que al árbol. La noche del robo lo escondió en su casa, allí no se atreverían a buscarlo porque hacía tiempo que su madre estaba postrada y moribunda. A la mañana siguiente la oyó llamándolo desde la huerta, completamente recuperada. Un milagro había acontecido para el niño pero su felicidad sería breve.

Cuando los guardianes del cementerio comenzaron a buscar al culpable, decidió huir.

Luego de escuchar la confesión del niño, el monje le ofreció refugio en la Capilla de Péché. Había oído acerca de la calidad de su

voz por eso le ofreció protección, alimento, y un lugar privilegiado en un Coro que formaría, a condición de que cantara oculto, nadie debía verlo.

El Rosario milagroso quedó escondido en un lugar secreto de la capilla bajo la custodia del párroco. Intuía que niño y Rosario estaban ligados por el destino. Él sabía cuidar bien de los dos.

Los monjes de Saint Hilarie no tardaron en elevar gritos al cielo por el robo del objeto sagrado. La gente de ese pueblo llevó luto por mucho tiempo por la desaparición de su niño prodigio, al que creyeron muerto.

A pesar de los hechos en el Condado de Carcassonne los dos templos siguieron con sus letanías.

Todo lo acontecido representaba una señal del Señor para el monje de Peché. Era un hombre gris, de mediana edad, siempre triste como su predecesor ciego, a quien sirvió hasta la muerte. No sabía leer ni escribir y a sus conocimientos los había aprendido con su tutor, de memoria. Falto de interés, no recordaba el Padrenuestro completo, el orden de los mandamientos y hacía un gran esfuerzo para no olvidar los pecados capitales y las virtudes teologales.

A la muerte de su Maestro heredó una capilla pobre, sin campanas ni relicarios, sin libros, sin música ni coro, y sin nombre. El anciano nunca bautizó la capilla que era conocida por todos como la “*Chapelle Sans Nom*”, la “*Capilla sin Nombre*” del pueblo Peché.

Los fieles no tributaban, la tierra había quedado desolada por la peste y la sequía. Sin moral, los pecados no expiaban, sin dinero, nadie pagaba por la absolución. El monje, conocido haragán, tenía el camposanto descuidado, las cruces caídas, las plantas medicinales secas, sin legumbres ni frutos.

El abandono era tal que en años no se habían celebrado casamientos ni bautismos, extremaunciones, funerales o exorcismos. La última bruja del pueblo había muerto de vieja y en su casa, no en la hoguera.

El párroco no recordaba cómo había llegado a ese lugar ni cuál era su misión. Se le había inculcado prescindir de todo y abstenerse de necesitar algo. Eso le resultó sencillo porque las caravanas de viajeros - es decir el Mundo -evitaban el lugar.

Con el tiempo comenzaron a notarse cambios en Péché. El canto del niño atraía fieles de otros pueblos que, como embrujados, dejaban de asistir a los templos de sus propias comarcas condenándolas al abandono.

La sublime voz atraía a comerciantes y nobles, músicos, ramerías, clérigos, eruditos y granujas. Muchos se establecieron en la región, que prosperaba. El monje podía ver que las dotes para la iglesia aumentaban tanto como su avidez. Encerró al niño para evitar que escapara, obligándolo a cantar con la pierna encadenada a una columna. Sólo debía estar libre su garganta.

Mientras Saint Hilarie empobrecía, la “*Capilla Sans Nom*” de Péché lograba categoría de Iglesia.

La ambición del párroco era grande, se dio cuenta de que no tenía huesos de mártires, ni apariciones, ni aguas curativas, nada que ofrecer excepto la voz del niño. Eso no alcanzaba para convertir a su Iglesia en Abadía, necesitaba Dinero, una Reliquia y un Obispo.

Recordó el Rosario y ordenó a los monaguillos que esparcieran la noticia de un objeto milagroso que habría salvado vidas y lo expuso a los fieles con gran cuidado para evitar el robo. Su idea funcionaba y el Rosario obraba maravillas. La noticia llegó a oídos del Obispo que decidió visitar Péché. Llevaba con él suficiente di-

nero para construir la Abadía y ponerla a cargo del monje. Preciosas biblias, libros únicos y partituras también fueron entregados a la flamante biblioteca.

Pero el nuevo Abad de Péché no sabía leer ni letras ni notas. Su frustración lo llevó a excesos inusitados: banquetes pantagruélicos, amoríos clandestinos con doncellas, jóvenes, viudas y meretrices. Había escuchado a su Maestro decir que el peor pecado era no ser feliz. La codicia lo llevó a cometer crueldades y atropellos ganando así el desprecio de algunos de sus pares y la envidia de otros. Decidió encerrar al niño de la voz sublime en una cripta. Los Peregrinos del Rosario llegaban en masa a la Abadía y los milagros se sumaban, el oro y la plata también. Las larvas del vicio comenzaron a corroer los cimientos de Péché que dejó de ser la “*Capilla sin Nombre*” para llamarse la “*Abadía de los Pecados*”.

Un día fatal se presentó, sin aviso, la Inquisición.

Ordenaron abrir el cofre de cristal que contenía el Rosario. El Gran Inquisidor miró cada cuenta con ojo experto y gritando arrojó el objeto al suelo. Poseía en el centro de la cruz el Símbolo Prohibido, la marca de los derrotados herejes cátaros. Con su dedo acusador impuso el veredicto, había que deshacerse del Rosario antes del alba.

Cuentan que la Abadía de Péche ardió toda la noche. El Inquisidor miraba satisfecho. Buscaron al niño prodigio pero ningún alma viviente lo había visto. Sólo conocían su voz.

Del monje no se supo nada mas.

Entre las cenizas de la Abadía, sobre la piedra fundacional, encontraron grabada una estela: VIII PK2 Κπ † ALES

Nadie supo quién había realizado la inscripción.

Años más tarde el Inquisidor ordenó destruirla porque se trataba de un error gravísimo. Estaba escrito que ocho eran los pecados capitales.

Todo el mundo cristiano acepta que son siete, dijo. ¡Esos siete destruyeron la Abadía de Péché!

Él sabía bien que eran ocho pero guardó el secreto.

El octavo pecado era *La Ignorancia*.

Las cenizas de la “Abadía de los Pecados” se esparcieron por toda Francia provocando la siniestra, oscura guerra que atormentaría a Europa durante cien años.

En 1337 alguien corría sin aliento rumbo a la Capilla de Saint Hilarie. En sus brazos llevaba un niño. Se dijo que el último sostenía al primero.



Bajo el imperio de Tánatos

Juan Pablo Goñi Capurro

D deja apenas la nariz sobre la línea del agua, amaga hundirse por completo, la espalda resbala por el acrílico. Hace palanca con los pies, detiene el movimiento. No sumerge la cabeza. Apoya los brazos en los bordes de la bañera y se yergue. Lleva el cabello hacia atrás, lo junta tras la nuca; lo escurre, preocupada. Es la cuarta vez consecutiva que le sucede; en los últimos cuatro baños de inmersión ha pensado sumergirse por completo. Para ahogarse, no para practicar un juego de inmersión, como cuando eran chicas y disputaban quién soportaba más tiempo bajo el agua, en la piscina del club Estudiantes. Asustada, Constanza sale rápido de la tina, rodea el cuerpo con el toallón rosa. Se mira al espejo. La cara no muestra síntomas de insania; la mirada es normal, no hay ojos saltones, ni muecas torcidas, la piel no exhibe marcas por haberse agredido con las uñas.

Vuelve la mirada a la bañera, aún llena. Las sales y la espuma del jabón enturbian el agua, flotan algunos pétalos de rosa. Quita el tapón, aguarda a que se desagote. Hace correr agua limpia para eliminar las impurezas y marcas en el blanco. Toca la superficie fría. Es una locura estar haciendo ese estudio, es una tina normal, no

posee brazos que tiren de ella para hundirla. La extraña tentación de abandonarse y permitir que el agua la cubriera, vino de su mente, aunque ella no consiga detectar la causa de esa pulsión horrenda. Por lo pronto, decide que en adelante tomará duchas, teme que la seducción sea muy poderosa la próxima vez.

Tranquilizada por la decisión, termina de secarse, se viste cómoda y se dirige a la cocina. El cabello húmedo cae sobre la remera rosada, mojándole la espalda. Le gusta así, nada extraño. Prepara café. Corta rebanadas de pan para meter a la tostadora. Se encontró analizando cada acción, como si estuviera efectuando un trabajo de precisión y no una tarea de todos los días. Sacudió la cabeza. Una conducta sin sentido, ¿acaso buscará una trampa mortal en cada acto cotidiano? Urgente, precisa cita adelantada con la sicóloga. ¿Cómo cuidarse cuando el enemigo es uno mismo?

La sicóloga no atiende, le deja un mensaje. Lógico, mantiene el teléfono apagado durante las sesiones. Unta las tostadas con una cuchara, prefiere no abrir el cajón de los cuchillos; olvida que antes utilizó uno con el pan. Se amonesta, es otra conducta estúpida. Nota que respira mal. Faltan dos horas para que llegue a casa Fabián, según el reloj de la cocina. Golpea el mármol de la mesada con el pocillo vacío, casi lo rompe. Revisa el teléfono, la sicóloga no ha leído el mensaje. ¿Está idiotizada?; ni cinco minutos han pasado. Abandona la cocina, el pulso acelerado, suda. En el dormitorio, echa una mirada a su atuendo; se encuentra presentable, fresca. Mete el celular en un bolsillo trasero del jean, la billetera en el otro. Ajustados, pero entran. A la calle, necesita estar con gente.

Utiliza el ascensor. Normal, ninguna sensación de encierro, ningún ahogo. No es con las cosas, es con ella. El encargado pasa un escobillón por el hall. Lo detesta, es un mirón. Pasa sin saludarlo, como siempre. Irritada, sintiendo los lascivos ojos en la cola, sale a la vereda. Nadie en la calle. Pasa un coche familiar, lento. Retrocede, se pega a la pared. La calle es una amenaza, podría arrojarse

delante de un camión u otro vehículo grande. ¿Qué le está sucediendo? Ni siquiera pensó en el suicidio cuando quedó sola, a los dieciséis años. Ahora tampoco lo hace, ella no planeaba matarse cuando entró en la bañera; ¿de dónde provienen esos impulsos ajenos a su voluntad? Se acerca un ómnibus. Percibe la tensión en los muslos, las rodillas, los pies.

La espalda adherida a la pared, de costado como un cangrejo, regresa al portal de su edificio. Imagina al encargado dándose un festín de baba. La indignación la turba. El colectivo termina de pasar, Constanza inicia la marcha en esa dirección, despacio. No la vencerá un apetito absurdo, que no ha ordenado. Si puede controlarlas auténticas tentaciones, si vence los deseos para mantener una dieta o un plan de ejercicios físicos, podrá también con estos impulsos irracionales. Camina con más firmeza. Enredada en su maraña mental, en plena lucha contra un enemigo invisible, no repara en que se acercaba al río. Las barrancas son altas en la zona, no menos de siete u ocho metros, caen a pico.

Se detiene sobre el bordillo, despertando podría decirse. Descubre que está a punto de cruzar la costanera; del otro lado de la franja de asfalto, diez metros de verde, luego el ancho río, visceral, profundo. Ve las barrancas opuestas; yuyales, peñascos salientes, altura. Repentino, le viene un arranque; gira ciento ochenta grados y echa a correr de vuelta a casa. En la primera esquina se aferra a la columna metálica que sostiene las chapas con los nombres de las calles. Jadea. Se produce un claro en la circulación; cubre la calle de un pique. Continúa al trote vivo, en la siguiente bocacalle repite la maniobra.

A mitad de camino, no puede resistir más la puntada en el flanco derecho; le falta el aire, se le ha humedecido la remera con el sudor, marcándole el corpiño y los pezones. Saca el celular del bolsillo, se sienta a boquear en el alféizar de un local. A su lado, una verdulería exhibe frutas y verduras en cajones de madera blanca;

un par de señoras la observan con el ceño fruncido. Las pasa por alto, aterrada por la tendencia de un cuerpo que parece autónomo. Procura tranquilizarse, no es autónomo, ha conseguido detener los impulsos. La razón no basta para calmarla, ¿si no lo consigue la próxima vez?

En tanto recupera el aire y la firmeza de las piernas, le surge otro interrogante inquietante: ¿si uno de esos impulsos la atrapa distraída?, ¿cómo lograría contenerlo? Los músculos le hacen sentir la tensión, se dibujan en la carne con invisibles líneas calientes, hinchados. Revisa los mensajes. La sicóloga todavía no se ha enterado de su dramático pedido. Las dos mujeres pasan con las bolsas cargadas de acelga, escudriñándola sin disimulo; vuelven las cabezas cuando se alejaron unos metros, para repetir las negaciones. Tampoco las vio en esta oportunidad, su visión está atrapada por el horizonte tenebroso que avizora.

Ruega que Fabián esté en casa. El encargado ha culminado sus labores, no se encontraba a la vista cuando tomó el ascensor. Pisa la sala, Fabián continúa ausente; siempre deja la chaqueta sobre el sillón, apurado por llegar al baño. Constanza libera los bolsillos traseros, se tiende en el sillón, coloca un almohadón sobre el vientre. Echa un vistazo en derredor; no halla objetos que supongan un peligro, nada puede convertirse en un arma para eliminarse a sí misma. Relaja las defensas. La calma afloja los músculos. Pien- sa, busca posibles causas. Repasa los problemas a solucionar; nada grave, pocas veces ha tenido su vida tan controlada. Inentendible. En la familia no existieron muertes por mano propia, no se trata de algo genético.

Fabián la encuentra dormida. Le resulta extraño, más la deja descansar; nota que ha traspirado. Halla cálida la sala, abre el ventanal que da a la calle. Ventaja de no tener niños, se dice; nadie a quien cuidar, puede hacerse una siesta tranquilo, en tanto el living

se ventila. Escoge acostarse en el cuarto; en el sillón no caben ambos. En cinco minutos, ronca.

Los sonidos se trasladan por el apartamento, llegan a la sala, penetran en el sueño ligero de la mujer dormida hasta despertarla. Constanza se permite una sonrisa, Fabián está en casa, puede distraerse sin temor. Somnolienta, se acerca a la ventana.





ISBN 978-950-33-1716-7



a b c d e f g h i j k l m n ñ o p q r s t u v w x y z

1 3 2 6 7 5 4 8



7 y 8 Concurso literario

